Es propiedad de V. de Lalama.

BIBLIOTECA DRAMATICA.

Se venden Cuesta y Perez.

LAS MADRES ARREPENTIDAS.

Drama en cuatro actos, arreglado del francés por D. . . . . para representarse en Madrid el año de 1861.

PERSONAJES.

PLATON, *conde Rovenkine*, 50 años.
JUANA, *condesa Rovenkine*, 36 id.
CECILIA ROVENKINE, 16 id.
REGIS, *conde de Plougastel*, 28 id.
SMOLOFF, 50 id.
ROSA MARQUIS, 25 id.
UN REPOSTERO.
UN AYUDA DE CÁMARA.
UNA DONCELLA DE TOCADOR.
DOS CONVIDADOS.

La accion pasa en París en 1856, en una de las grandes fondas de la calle de Rívoli, que miran á los jardines de las Tullerías.

ACTO PRIMERO.

Salon elegante, cerrado en el fondo por una media rotonda, adornada con divanes circulares. Dos puertas simétricamente abiertas en octágono; una puerta pequeña abierta á la izquierda en la tapicería. En el mismo lado un gran canapé; á la derecha, un velador, sobre el cual está colocado un cofrecito pequeño, con escudo de armas. En el centro de la media rotonda un piano; tapices, portieres, sillas, butacas, etc.—Son las dos de la tarde.

ESCENA PRIMERA.

CECILIA *y* JUANA.

Cecilia, sentada al piano, al levantar el telon, acaba de tocar una pieza. Juana, sentada en el canapé, escucha y mira á Cecilia como estasiada.

JUANA. (*A Cecilia, que ha dejado de tocar*). Continúa.
CECI. (*Volviéndose en el taburete*). He concluido.
JUANA. ¿Ya?
CECI. ¿Te gusta esta música?
JUANA. ¡Cuando tú la tocas!
CECI. (*Moviendo la cabeza*). ¡Oh! la música patética de Beethever.
JUANA. ¿Y bien?
CECI. (*Levantándose*). ¡El maestro de los maestros! La obra maestra de las obras maestras, y yo soy solo una pobre discípula.
JUANA. (*Con viveza*). Una discípula que prefiero á todos los maestros del mundo. No hay obra maestra que no gane al pasar por tus manos. Cuanto tocas, lo embelleces. Tú música es la mejor, como tu vestido es el mas lindo.....
CECI. (*Acercándose á Juana*). Porque es escogido por tí.
JUANA. No, porque eres tú la que lo llevas. El sol mismo parece que brilla mas, cuando te hieren sus rayos; ó mas bien, eres tú, quien dá luz al dia para mí.
CECI. (*Abrazando á Juana*). Si no fueses mi querida y venerada madre, sabes qué diria?... Pero no me atrevo.
JUANA. Dilo.
CECI. (*Sonriendo*). Que estabas loca! (*Se arrodilla sobre un cogin á los piés de su madre*).
JUANA. Tienes razon en decirlo, y yo la tengo en estarlo; sí, ¡seguramente! Loca contigo. Los reyes se enorgullecen con su poder, los guerreros con sus victorias, los artistas con sus obras; pero tú, tú eres mi corona, mi triunfo, mi gloria, mi obra maestra. ¡Oh! déjame que te admire, que te enaltezca, que te adore. En el convento eran para tí todos los honores; tu entrada en el mundo, ha tenido un éxito feliz. En los bailes, en el teatro, en la calle, cuando te miran, tengo deseos de decirles: sí, miradla, esta encantadora criatura es mi tesoro, ¡es mi hija! (*Cubriendo de besos apasionados á Cecilia*).
CECI. Prodígame elogios á tu placer; nunca dirás de mí la mitad que yo pienso de tí; ámame con todo tu corazon, que sin embargo, por grande que sea tu amor, nunca será mayor que el mio.
JUANA. ¿Te hacian desgraciada en el convento?
CECI. (*Levantándose*). Al contrario, todas me querian á cual mas; yo era la preferida.
JUANA. ¡Lo creo!
CECI. Y mis compañeras me llamaban la Favorita.
JUANA. ¡Por celos!
CECI. Y tenian motivos para ello. Aunque supiesen sus lecciones y cumpliesen sus deberes mejor que yo, siempre era Cecilia la preferida.
JUANA. Porque tenias mas talento que ellas.
CECI. Tú no conoces á María.
JUANA. ¿Qué María?

CECI. María de Plougastel, mi amiga íntima. Esa es una que vale mas que yo.

JUANA. ¡Oh!

CECI. Bajo todos conceptos. Cuando me concedian el premio que ella habia merecido, en vez de quejarse como de una injusticia, lo aplaudia como un favor.

JUANA. Me permitirás que prefiera á tu opinion el juicio de tus maestras; ¿quién podia recomendarte á su benevolencia, sino tu mérito?

CECI. El tuyo.

JUANA. ¿El mérito mio?

CECI. Tú no has oido como yo á las religiosas, hablar de la señora condesa Rovenkine. Tus elogios se cantaban en coro todos los dias como las letanías.

JUANA. ¿Y por qué?

CECI. Porque dabas grandes limosnas á los pobres, á la capilla ornamentos magníficos, y dulces esquisitos á la superiora. Te citaban como un modelo á todas las madres; y para atraerlas á tu imitacion, favorecian á tu hija con perjuicio de las demás.

JUANA. Aceptando todo lo que dices, como una verdad, no veo de qué ó de quién tienes que quejarte en tu pasado.

CECI. De tí.

JUANA. ¿De mí?

CECI. Y de tu ausencia.

JUANA. ¡Muy bien!

CECI. Cómo se comprende que amándome tanto, hayas tenido valor para meterme en un gran convento, dejándome sola, y tan pequeña? ¡A los ocho años!

JUANA. Bastante me costó, hija mia, separarme de tí; pero lo hice por tu bien.

CECI. ¡Hubiera sido tan feliz estando al lado de mi madre!

JUANA. A mi lado no hubiera sido tan buena tu educacion.

CECI. ¿Cómo?

JUANA. Quise decir, menos completa.

CECI. Siendo rica, como lo eres, hubieras podido darme buenos maestros, allí donde tú estabas. He oido decir, que con dinero se tiene en todas partes cuanto se desea.

JUANA. No lo creas, hija mia. Hay cosas que no se consiguen con el dinero. Quise que fueses, como tu madre, francesa de espíritu y de corazon; y para cumplir mi deseo, ha sido indispensable que te eduques en Francia.

CECI. Y entonces, ¿por qué no permaneciste á mi lado?

JUANA. Tus intereses y mis deberes, me detenian en Rusia.

CECI. Pero al menos hubieras venido á verme mas á menudo. Tres veces solamente en ocho años, ¡y tan poco tiempo cada vez!

JUANA. No era libre para escuchar mi corazon, hija mia, y te dediqué todo el tiempo que pude robar á mi servidumbre.

CECI. ¡Cómo dices eso! ¿Acaso serias desgraciada en aquel pais?

JUANA. ¿Yo? No, seguramente. ¿Por qué habia de ser desgraciada?

CECI. ¿Y mi padre?

JUANA. ¡Tu padre!....

CECI. ¿Te ama mucho?

JUANA. ¡Yo lo creo!

CECI. Estoy segura de ello. ¿Cómo podria no amarte? ¿Y á mí?

JUANA. ¿A tí?

CECI. ¿Me ama?

JUANA. Cecilia, ¿puedes preguntármelo?

CECI. Preciso es que te lo pregunte, cuando no lo sé.

JUANA. Te ama tambien mucho, á su modo.

CECI. ¿Y por qué no responde nunca á mis cartas?

JUANA. Ya te he dicho, hija mia, que padece una parálisis en la mano derecha, y no puede escribir; pero me ha encargado que te dé su retrato.

CECI. ¿Dónde está?

JUANA. (*Sacando un medallon del cofrecito*). Míralo.

CECI. ¡Oh! dame. (*Mirando el medallon enternecida*). ¡Padre mio! ¡Es mi padre! (*Despues de besar muchas veces el retrato*). ¿Encuentras en mí algun parecido?

JUANA. No.

CECI. ¡Es singular! Desgraciadamente tampoco á tí me parezco.

JUANA. Sucede con frecuencia, no parecerse los hijos ni al padre ni á la madre.

CECI. ¡Qué lástima! Y yo que hubiera querido parecerme á los dos! A tí, sobre todo, y á él tambien. ¡Es hermoso! ¡Pero tiene un aire tan triste!

JUANA. Ha sufrido mucho.

CECI. ¡Pobre padre mio! Yo le consolaré. ¿Por qué no ha venido nunca á verme?

JUANA. Los súbditos rusos no pueden viajar sin una autorizacion especial.

CECI. ¡Oh! mal país debe de ser aquel, en que un padre no tiene derecho de venir á ver á su hija. (*Acercándose á su madre*). ¿Y por qué te has casado en aquel país?

JUANA. Porque vivia en él.

CECI. ¿Y por qué fuiste á vivir allí?

JUANA. Porque me llevaron muy jóven; á tu edad.

CECI. ¿Quién? ¿tus padres?

JUANA. Sí.

CECI. ¿Han muerto?

JUANA. Sí.

CECI. ¡Pobres abuelos! Quisiera rezar sobre su sepulcro. (*Una pausa*). ¿Cuándo me llevarás á Rusia?

JUANA. (*Con viveza levantándose*). Nunca.

CECI. ¿Y por qué? ¿El Czar me prohibe ir á Rusia como á mi padre venir á Francia?

JUANA. No, son los médicos quienes te prohiben habitar en paises frios.

CECI. Pero en los paises frios se siente calor en el verano.

JUANA. Los viajes son penosos en aquel país.

CECI. ¡Con que no veré nunca á mi padre!

JUANA. ¡Oh! si tal, mas tarde.

CECI. ¿Cuándo?

JUANA. Cuando te cases.

CECI. ¿Cuándo me casaré?

JUANA. Cuando tú quieras.

CECI. Al momento.

JUANA. ¿Al momento?

CECI. ¡Deseo tanto ver á mi padre!

JUANA. ¿Es el solo motivo que te impele á hacerlo?

CECI. ¿Qué otro pudiera ser?

JUANA. Por ejemplo, ¿si amases á alguno?

CECI. ¿Yo amo á alguno?

JUANA. Te lo pregunto.

CECI. No lo sé.

JUANA. Procuremos adivinarlo entre las dos.

CECI. ¿Si amase á alguno, cometeria en ello alguna falta?

JUANA. Segun.

CECI. ¿Cómo?

JUANA. Seria una falta, si ese amor pudiera hacerte desgraciada.

CECI. Entonces no he cometido falta alguna.

JUANA. ¿Lo crees así?

CECI. ¡Es tan bueno, tan leal!

JUANA. ¿Quién?

CECI. Regis.

JUANA. ¿Regis?

CECI. Sí, el conde Régis de Plougastel.

JUANA. ¿De dónde le conoces?

CECI. Si es el hermano de mi íntima amiga María de Plougastel, de la que te he hablado hace un momento!

JUANA. ¿Dónde le has visto?

CECI. En el locutorio del convento, con mi amiga.
JUANA. ¿Allí solamente?
CECI. Algunas veces tambien, los dias de paseo, en casa de su tia la marquesa de Sauveterre.
JUANA. ¿Te ama?
CECI. No lo sé.
JUANA. ¿Te lo ha dicho?
CECI. Si me lo hubiese dicho, lo sabria.
JUANA. ¿Y tú, le has dicho que le amabas?
CECI. No, no me lo ha preguntado.

ESCENA II.

Las mismas, el AYUDA DE CÁMARA.

AYU. (*A la puerta de la derecha*). La señora condesa ¿quiere recibir al señor baron Smoloff?
JUANA. Si, que pase. Hija mia, tengo necesidad de hablar á solas con el baron.
CECI. Mamá mia, me retiro; pero no te entretengas mucho tiempo, en fútiles conversaciones; ya sabes que tenemos que ocuparnos de asuntos sérios.
JUANA. Retírate tranquila, hija mia, que no lo olvidaré. (*Cecilia se marcha por la puerta secreta de la izquierda.*)

ESCENA III.

JUANA, SMOLOFF.

SMOL. (*Saludando*). Espero que la señora condesa se dignará escusar una visita tan de mañana. Tal vez hubiera debido respetar mas el descanso de una noble viajera; pero no he querido ser de los últimos en venir á ofreceros mis respetos, y espero que este deseo será parte á perdonar mi importunidad.
JUANA. Os doy las gracias, señor baron, por vuestras atenciones; ya sabeis que tengo un placer en veros.
SMOL. ¿El viaje ha sido feliz?
JUANA. En camino de hierro, siempre es feliz el viaje, cuando se concluye sin ningun accidente desagradable.
SMOL. ¿Y cómo está la salud del príncipe Boris?
JUANA. Muy bien; él me ha encargado que os trasmita sus afectuosos recuerdos.
SMOL. Su escelencia ha sido escesivamente bondadoso, al tener un recuerdo de su humilde servidor, y que este le sea trasmitido por tan graciosa mensagera.
JUANA. Basta de poesías, baron, si gustais. Hablemos de negocios. (*Juana se sienta al lado del velador, en tanto que Smoloff vá á dejar su sombrero sobre un sillon.*)
SMOL. (*Sentándose al lado de Juana.*) Señora condesa, estoy á vuestras órdenes.
JUANA. Debeis haber recibido una carta de su escelencia, en la que os advertia mi próxima llegada.
SMOL. Sí, señora condesa, y he prevenido inmediatamente á nuestros compatriotas, que saben bien á qué atenerse.
JUANA. ¿Y creeis que no debo temer á la maledicencia?
SMOL. Lo que digese de vos la maledicencia, señora, seria tan solo una calumnia.
JUANA. Calumnia ó maledicencia, verdadera ó falsa, toda acusacion, ya lo sabeis, hiere mas ó menos, y yo tengo enemigos.
SMOL. Envidiosos.
JUANA. Cualquiera que sea el motivo del ódio que nos profesen, es preciso preveerlo, y si se puede, evitar sus efectos. En mi existencia hay hechos susceptibles de una interpretacion desfavorable.
SMOL. Como en todas las existencias, señora condesa; no hay vida por pura que sea, que no se encuentre atacada por la mordacidad de los hombres.
JUANA. Y sobre todo, por la de las mujeres.
SMOL. Estad tranquila; tengo mucho ascendiente sobre todos mis compatriotas, sea cual fueren su rango y su sexo. Muchos son amigos nuestros, y todos profesan por su escelencia la mas alta consideracion; podeis contar con la discrecion de todos.
JUANA. Gracias.
SMOL. ¿Pero vuestros criados?
JUANA. ¡Mis criados!
SMOL. ¿Estais segura de ellos?
JUANA. Al llegar á Berlin, envié á San Petersburgo mis criados rusos, y tomé para mi servicio una doncella alemana que no conocia ni el idioma ruso, ni el francés. Esta no ha oido nada, y nada puede decir aquí; sin embargo, el mismo dia de mi llegada á París, la envié á Berlin. Mis criados franceses, ni conocen, ni pueden conocer de mí, otra cosa que mi título y mi nombre.
SMOL. Perfectamente, vuestras medidas de precaucion están admirablemente tomadas, y podriais dar leccion de prudencia, á los mas hábiles.
JUANA. ¡Cuando se trata de mi hija!
SMOL. ¡Una jóven tan perfecta como su madre!
JUANA. ¿La conoceis, baron?
SMOL. He tenido el honor de verla algunas veces en casa de la marquesa de Sauveterre, y de admirarla siempre.
JUANA. ¿La marquesa de Sauveterre? ¿No es parienta del conde de Plougastel?
SMOL. Sí, señora; es la hermana del difunto conde, y la tia del conde actual.
JUANA. ¿Habeis conocido al padre?
SMOL. Mucho. Era una persona de grande nacimiento, y de gran sociedad.
JUANA. ¿Y el carácter?
SMOL. Original. Un verdadero caballero, un guerrero de la edad media; valiente, leal, generoso, y por su desgracia, mas cuidadoso de su honor que de su fortuna. Así es, que ha muerto casi arruinado, dejando á su hijo por herencia, un gran nombre, difícil de sostener.
JUANA. Y el hijo, ¿cómo sostiene esa pesada y gloriosa herencia?
SMOL. Como un noble sin dinero, ha sostenido siempre un blason sin mancha.
JUANA. Os doy las gracias por estas noticias.
SMOL. Las doy como las tomo; de buena voluntad.
JUANA. Si por su parte, el señor conde de Plougastel llegase, por casualidad, á pediros algunos informes de mí y de mi familia...
SMOL. Se los daré, señora condesa, de un modo tal, que él quedará contento y vos satisfecha; podeis contar con la abnegacion que os profeso.
JUANA. (*Levantándose.*) Y vos, baron, con todo mi reconocimiento. (*Tendiendo la mano á Smoloff, que la besa con respetuosa galanteria*). No puedo hacer nada por vos?
SMOL. ¿Y qué mas?
JUANA. Me gusta pagar mis deudas, baron, y sentiria en el alma, que no tuvieseis nada que pedirme.
SMOL. Puesto que quereis obligarme anticipadamente, solicitaré á vuestra benevolencia, y tan solo por obedeceros, un ligero favor.
JUANA. Asi me gusta; ¿de qué se trata?
SMCL. De presentaros una persona.
JUANA. ¿Amiga vuestra?
SMOL. Sí, y no; una de esas personas á quien se les llama amigo, á quien casi no se conoce, y que no posee nuestro afecto del todo.
JUANA. Entonces, ¿qué interés teneis en presentármelo?
SMOL. El interés de nuestra comun seguridad. ¿Os acordais de aquella boca de leon, abierta en otro tiempo noche y dia en Venecia, para recibir las denuncias? Pues bien, hoy tenemos en París, algo mas que el equivalente; porque no es solo con un consejo de los diez con quien vamos á luchar, sino con un cuerpo numeroso y

formidable, con ese tirano colectivo á quien se llama mundo. Insaciable hasta lo infinito, ese mónstruo con cien millones de cabezas, grita sin cesar: ¡hambre! Obligados por contrato á suministrarle su diario alimento, los periódicos sacan recurso de todo. Cuando no hay grandes acontecimientos, dan sus columnas á los pequeños historiadores de pequeñas historias. ¿Pero dónde encontrar nuevo pasto? Necesitan dirigirse, á ciertos escritores dedicados especialmente á esta ocupacion, estos son los merodeadores de la prensa. Inmediatamente salen á campaña en la ciudad y corren por todas partes, preguntando, huroneando, arrimando el oido á las puertas de los salones; mirando por el agujero de las cerraduras, para sorprender un misterio, un secreto; alguna cosa inédita al fin. ¡Una verdadera caza de noticias! El merodeador tiene, como podeis comprender, su parte en el botin, como el sabueso en la caza. Pero esto no le es bastante; tan llenos de vanidad como de avaricia, perros y merodeadores, no se contentan con el hueso ó el pastel que se les arroja; les faltan las caricias. Les gusta la porcelana dorada, las alfombras, y se instalan atrevidamente en medio del salon. Ponedles bueno ó mal gesto, poco les importa; estos señores exigen la familiaridad con máscara de consideracion. Quieren que se les adule, que se les presente, y lo que es peor todavía, que se les soporte; y aunque sean insufribles, los soportamos porque son peligrosos. Aquí teneis, señora, en dos palabras, la historia de mi presentado y los motivos de mi presentacion.

JUANA. ¿Cuál es su nombre?

SMOL. Se hace llamar, el marqués de la Verdac.

JUANA. Pero su verdadero nombre...

SMOL. Sus amigos le llaman Arturo; los indiferentes Laverdac; sus enemigos y sus aduladores, marqués.

JUANA. Pero al fin me direis, ¿qué nombre debe dársele?

SMOL. Segun en la disposicion en que uno esté, ó las circunstancias en que se encuentre.

JUANA. ¿Me direis al menos, si tiene derecho al título que le dan?

SMOL. Sí, y no: cada uno se apropia en Francia el título que mas le agrada; pero segun mi juicio, el marquesado de la Verdac es una de esas señorias fantásticas, cuyas tierras están en Gascuña, y los castillos... en el aire.

JUANA. Existencia problemática, y personage sospechoso.

SMOL. De ningun modo. Es un hombre *comme il faut*, siempre vestido á la última moda, con guante blanco y botas de charol; bailando bien, hablando mejor, jugando fuerte, sin hacer trampas, porque pierde mas que gana; un hombre, en fin, á quien se recibe en las mejores sociedades, y al que podeis admitir sin inconveniente.

JUANA. Le recibiré bajo vuestra garantía.

SMOL. Os agradezco vuestra confianza, señora condesa; me apresuro á justificarla dándoos la última noticia y tal vez la mas importante de todas. El señor de Laverdac se halla atacado de una manía, que ahora es casi una epidemia.

JUANA. Cuál?

SMOL. La de los casamientos por el dinero.

JUANA. Oh! si no tiene mas que esa!

SMOL. No os inquieta, seguramente?

JUANA. Puede presentarse cuando guste.

SMOL. Llegaria tal vez tarde?

JUANA. Baron, sois muy fino; pero yo soy mujer, y si tuviese un secreto, sabria guardarlo.

ESCENA IV.

Los mismos, CECILIA.

CECIL. (*Corriendo muy alegre.*) Míralo, mamá, es él!

SMOL. Quién será?

JUANA. (*Señalándole á Smoloff.*) Y bien, hija mia!

CECIL. (*Saludando.*) Señor Baron de Smoloff!

SMOL. Os agradezco, señorita, el haberme reconocido.

JUANA. Mi hija, señor Baron, no podia olvidar nunca á un hombre como vos. Y como yo, tendrá siempre una satisfaccion en veros. (*Le hace un saludo de despedida.*)

SMOL. (Me despide políticamente!)

JUANA. (Y no se va!)

SMOL. (*Aparte, haciendo como que busca su sombrero.*) Quisiera saber antes de irme...

JUANA. Qué buscais, señor Baron?

SMOL. Mi sombrero.

JUANA. (*Señalándoselo con ironía.*) Miradlo.

SMOL. (*Tomándolo con un poco de despecho.*) Gracias!

ESCENA V.

Los mismos, UN CRIADO.

CRIADO. La señora Condesa, quiere recibir al señor Conde de Plougastel.

JUANA. Seguramente. (*El criado se marcha.*)

CECIL. (*Con voz alta y alegría.*) No me habia engañado.

SMOL. (Ni yo tampoco.)

JUANA. Me parece, Baron, que en este momento merodeais.

SMOL. Por mi cuenta, señora, pero soy menos curioso que discreto. Tengo el honor de ofreceros mis respetos.

ESCENA VI.

JUANA, CECILIA.

JUANA. (*Tocando dulcemente con la mano á Cecilia.*) Cabeza atolondrada!

CECIL. Pues qué he hecho?

JUANA. Decir ciertas cosas en alta voz, delante de un estraño.

CECIL. Qué he dicho?

JUANA. Que amas al Conde de Plougastel.

CECIL. Cómo lo he de decir, si no lo sé yo misma?

JUANA. Al menos has dejado adivinar, que tenias un placer en verlo.

CECIL. Y por qué lo habia de ocultar, si es verdad?

JUANA. No conoces el proverbio, todas las verdades, no son buenas para dichas?

CECIL. Con que es preciso mentir algunas veces?

JUANA. Oh! nunca.

CECIL. Qué hacer entonces?

JUANA. (*Despues de reflexionar un momento.*) Lo que has hecho hasta ahora, hija mia; decir siempre y en todas partes la verdad. Tu atolondramiento vale seguramente mas que nuestra prudencia. Sigue rectamente, y con lealtad, el camino que te has trazado; conserva esa noble confianza de las almas nobles y puras. El mundo te enseñará, tal vez demasiado pronto, la prudencia y el disimulo.

ESCENA VII.

JUANA, CECILIA *y* REGIS.

CRIADO. (*Anunciando.*) El señor Conde Plougastel. (*Despues de adelantar una silla se retira.*)

REGIS. Señora Condesa, os pido perdon de la libertad que me tomo, presentándome en vuestra casa, sin tener el honor de seros conocido personalmente, y os agradezco tanto mas, el favor que me dispensais al recibirme.

JUANA. Señor Conde, el sobrino de la señora marquesa de Sauveterre, que tantas bondades ha dispensado á mi hija, no podia ser un desconocido para mí; y aunque es hoy la primera vez que tengo el placer de veros, os recibo como á un amigo antiguo.

Regis. Gracias, señora Condesa, por vuestra bondad.

Juana. Os suplico que tomeis asiento, y hablemos. (*Juana se sienta en el canapé; Regis en la silla que aquella le ha señalado con la mano; Cecilia permanece en pié apoyada sobre el respaldo del canapé.*)

Regis. El objeto de mi visita, y diria su escusa, si tuviese necesidad de escusarla, cuando ya lo está por vuestra indulgencia, se reduce á ser portador de una carta, que estoy encargado de entregar en mano propia.

Juana. De quién?

Regis. (*Presentándole una carta.*) De mi hermana.

Juana. Para mi hija, supongo.

Regis. Si señora, y por eso os la entrego. (*Juana tomando la carta y dándosela á Cecilia.*)

Juana. Sabiendo de quién viene, señor Conde, no tengo necesidad de saber lo que contiene. (*Cecilia abre la carta y la recorre con la vista.*)

Regis. Os doy gracias, señora Condesa, por mi hermana y por mí, de una confianza que nos honra á los dos.

Cec. (*Leyendo en voz alta.*) «Querida Cecilia, á la mejor amiga...»

Juana. (*Interrumpiéndola.*) Cómo! Sin pedir permiso?

Cec. A quién?

Juana. Al señor Conde primero, y despues á mí.

Cec. Supuesto que el señer Conde me ha traido la carta, y que tú me la has dado, creí que podria leerla.

Regis. Sin duda.

Juana. Pero no tan alto, al menos.

Cec. Creí que gustaria á los dos escuchar la lectura de una carta de mi amiga. Escribe tan bien! Pero sino quereis, no la leeré. Y vosotros perdereis mas que yo. (*Cierra con orgullo la carta y se vá hácia el foro.*)

Juana. Veis que mala cabeza?

Regis. Yo os ruego, señora Condesa, que permitais á esta señorita continuar su lectura.

Juana. Señor Conde, contemplais demasiado á esta niña!

Cec. Y tú no!...

Juana. (*Sonriendo.*) Vamos, continúa.

Cec. (*En pié entre Juana y Regis.*) Vuelvo á empezar. «Querida Cecilia: á la mejor amiga, es á quien debe darse la primera noticia de nuestra felicidad, es decir, de nuestro casamiento... (*Interrumpiéndose.*) Segun parece, es lo mismo.

Regis. Para ella, al menos.

Cec. (*Leyendo.*) «Me apresuro, pues, á anunciarte, que me caso con mi primo. No necesito hacerte su elogio; lo amo, y está todo dicho. Soy tanto mas dichosa, cuanto que desesperaba serlo. Como mi primo no es rico, sus padres no le hubieran permitido casarse con una jóven pobre, y el matrimonio no se hubiera llevado á cabo, si mi hermano no hubiese doblado mi dote.»

Regis. (*Levantándose é interrumpiendo con vivacidad.*) Pido perdon, señoras, de este incidente involuntario. Ignoraba el contenido de esa carta.

Cec. Razon de mas, caballero, para que tengais conocimiento de ella.

Regis. Gracias, señorita.

Juana. Yo os suplico, señor Conde, á mi vez, que permitais continuar á mi hija. (*Regis vuelve á sentarse.*)

Cec. (*Volviendo á leer.*) «Si mi hermano no hubiese doblado mi dote, dándome su parte de la herencia matertérna. Tú que lo conoces, comprenderás sin asombro este gran sacrificio...» Tiene razon en decir que no me asombrará!

Regis. Verdaderamente, señorita, que mi hermana me ha colocado en una situacion bastante violenta.

Juana. Y por qué, señor Conde? Es preciso sufrir las consecuencias de las buenas acciones.

Cec. «Generoso sacrificio... Tan modesto como desinteresado, me habia hecho prometerle que no diria nada á nadie. Pero yo me apresuro á contarlo, por reconocimiento. Por otra parte, estoy segura que te doy un placer contándote...» (*Baja los ojos y la voz, y se detiene cortada.*)

Regis. Y bien, señorita, no continuais?

Cec. (*Ruborizada y con voz temblorosa.*) No hay nada interesante para vos, señor Conde; vuestra hermana nos convida á mi madre y á mí, para asistir á su casamiento.

Juana. Iremos.

Cec. Qué dicha!

Juana. Dame esa carta, Cecilia.

Cec. (*Dando la carta á su madre.*) Tómala, mamá.

Juana. (*Levantándose.*) Voy á contestar yo misma, señor Conde, en este momento, (*Regis se levanta*) y espero que tendreis la amabilidad de encargaros de mi respuesta.

Regis. Con mucho gusto. (*Juana se marcha por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA VIII.

CECILIA *y* REGIS.

Regis. Soy muy dichoso al encontrarme un momento á solas con vos.

Cec. Por qué?

Regis. Para despedirme de vos.

Cec. Os marchais?

Regis. Despues del casamiento de mi hermana.

Cec. Por mucho tiempo?

Regis. Para siempre.

Cec. (*Cayendo sobre una butaca al lado de la mesa.*) Para siempre!

Regis. Voy á establecerme en los Estados-Unidos de América.

Cec. Dejais la Francia?

Regis. Es preciso.

Cec. Absolutamente?

Regis. Podeis creer, señorita, que yo abandone voluntariamente el país cuyo idióma habla á mi alma, cuyos recuerdos hacen latir mi corazon? Oh! no, lleno de amargura es como emprenderé el camino de mi destierro; mis ojos derramarán abundantes lágrimas, al ver desaparecer ante mi vista el horizonte de este país, donde descansan las cenizas de mis abuelos; donde ha muerto mi padre, donde he nacido, donde vive mi hermana, donde vivirá lejos de mí, para siempre, todo lo que he amado, todo lo que amaré en este mundo.

Cec. Pero qué es lo que os obliga á partir?

Regis. Mi pobreza.

Cec. Nada os queda.?

Regis. Casi nada. Mi padre, antiguo Oficial de la guardia real, habia hecho dimision de su empleo cuando la revolucion del año 1830. Las mayores instancias no pudieron cambiar una resolucion dictada por el honor. Retirado en sus posesiones, se consolaba en su aislamiento por la hospitalidad que ejercia, y de la desgracia por la caridad. Espléndido daba sin contar, escuchando solo las inspiraciones de su corazon sin calcular los recursos de su fortuna. Solo una persona hubiera tenido el derecho, y tal vez, el poder de moderar las espansiones de una generosidad acaso escesiva, pero una muerte prematura nos habia arrebatado á mi madre á nuestra ternura, y la ruina entró en la casa tan luego como estuvo privada de su angel tutelar.

Cec. (*Levantándose.*) Pero vos mismo no pudisteis salvar, haciéndolo ver respetuosamente, una fortuna que debia perteneceros algun dia?

Regis. Un hijo, para con su padre, no tiene mas que deberes que cumplir, y nunca derechos que sostener. Qué vais á reclamar á aquel á quien debeis la vida? Mi único cuidado, mi único deseo es ocultar á él mismo su

pobreza, cada vez mayor y satisfacer sus necesidades de grandeza.

CEC. Y cómo lo habeis conseguido?

REGIS. Educado en el campo, me habia familiarizado desde muy niño con los detalles de la agricultura y la economia doméstica. Tomé á mi cargo la esplotacion de las tierras y los negocios de la familia. Un órden severo aumentó las rentas disminuyendo los gastos, y pude retarardar una ruina que no podia impedir. Los ultimos años que vivió mi padre, no fueron envenenados por ningun disgusto ni inquietud, y murió tranquilo creyéndose rico.

CEC. Y ahora?

REGIS. Es preciso que trabaje para vivir.

CEC. Vos?

REGIS. Oh! no me compadezcais, señorita. El trabajo es la gloria, y es la virtud de este siglo, como la guerra lo fué en los anteriores. Yo pertenezco á mi siglo, y trabajaré de corazon.

CEC. Y por qué no trabajar en Francia?

REGIS. Y á qué quereis que me dedique? Al comercio? Sea preocupacion de familia, ó tal vez antipatia natural, lo cierto es que me repugna el tráfico.

CEC. Tomad un empleo.

REGIS. Tengo adquirida la costumbre de la independencia.

CEC. Y á qué os dedicareis?

REGIS. A la agricultura; es la sola industria que conozco, la sola que me agrada. Para un breton labrar la tierra, no es deshonra; ser labrador y soldado son los oficios de los caballeros pobres. Mis antepasados mas de una vez han cultivado sus campos con la espada en la cintura. Yo seguiré su ejemplo. Colono aventurero en una tierra desconocida, manejaré con orgullo el arado con la carabina á la espalda, y no pudiendo ser un señor en Francia, iré á vivir como ciudadano libre en los desiertos de América.

CEC. Qué, no temeis la soledad?

REGIS. La soledad? No; no me gusta el bullicio del mundo. El aislamiento, sí; yo me sentia nacido para la vida de familia.

CEC. Y bien?

REGIS. Hubiera vivido aquí, como viviré allá, solo.

CEC. Y por qué?

REGIS. A escepcion de mi hermana, á la que otras atenciones la absorverán bien pronto, nadie me ama.

CEC. Ah! Regis!

REGIS. Qué quereis decir, Cecilia?

CEC. Queria decir, señor Conde, que cuando uno no se cree amado de nadie, es porque á nadie se ama. *(Juana abre sin ruido la puerta principal de la izquierda y escucha con atencion.)*

REGIS. Os engañais, señorita; hay una jóven encantadora, á la que he dado mi corazon, y á la que quisiera dedicar mi vida entera.

CEC. Y por qué no os casais con ella? *(con timidez.)*

REGIS. Porque soy pobre.

CEC. *(con viveza)* Como! Creeis que sea para ella el casamiento cuestion de dinero? Seria indigna de vuestro amor, si fuese capaz de semejante bajeza.

REGIS. No; es tan buena como hermosa, tan generosa como rica; pero los padres tienen otras ideas y otros deberes que sus hijos.

CEC. Ah! vos no conoceis á mi madre!

REGIS. Cecilia, Cecilia, qué decis?

ESCENA IX.

LOS MISMOS, JUANA.

JUANA. *(adelantándose al centro de la escena.)* La verdad. *(Regis pasa á su derecha; Cecilia se arroja á sus brazos)*

REGIS. Cómo, señora, nos habeis oido...?

JUANA. *(Interrumpiéndole.)* Perdonad esta indiscrecion á la solicitud de una madre.

REGIS. Yo soy, señora condesa, quien debe pediros perdon de su temeridad.

JUANA. Habeis sido sincero, y os doy las gracias. Vuestra franqueza me dispensa el hablar con rodeos, y voy á hacerlo libremente; mi hija os ama.....la amais vos?

REGIS. Con toda mi alma.

JUANA. Pues amaos siempre.

CEC. *(Abrazando á Juana.)* Ah! mamá, qué bien te conocia yo!

REGIS. Pero, señora condesa, vos me dariais la mano de vuestra hija, á mí que nada he hecho para merecerla. A mi de quien el único antecedente que teneis, es mi pobreza?

JUANA. Porque os conozco, señor conde, es por lo que os escojo. Yo honro á mi familia, haciendo entrar en ella un hombre cuya virtud iguala á su nobleza. En cuanto á lo demás, mi hija es bastante rica para escojer un marido segun su corazon, sin preocuparse de su fortuna. Tengo dos millones y se los doy.

CEC. Y tú?

JUANA. Yo?

CEC. No te reservas nada?

JUANA. Un rincon en tu casa, y un sitio en tu corazon.

CEC. El mejor de todos.

JUANA. Te amo por ti, hija mia, y no por mí; y solo pido el segundo.

CEC. No, la mitad del primero.

REGIS. Y el señor conde Rovenkine?

JUANA. *(Con alguna inquietud.)* Y bien?

REGIS. Consentirá como vos en este casamiento desproporcionado?

JUANA. Yo respondo.

REGIS. Ya puedo marchar tranquilo.

CEC. *(Asombrada.)* Marchar ahora?

REGIS. *(sonriendo.)* Si, á Rusia.

JUANA. *(con espanto)* A Rusia!

REGIS. Me parece oportuno ir á solicitar en persona el consentimiento que queriais hacerme esperar.

JUANA. No. Seria un viaje inútil, señor conde; basta que me deis una peticion escrita, que yo me encargo de enviar..... *(sonriendo)* por la posta.....

REGIS. *(Con seriedad.)* Os pido dispenseis mi insistencia, señora condesa; pero no puedo comprender, cómo un padre dé su hija á un hombre que no conoce.

JUANA. Tampoco sereis por mucho tiempo un desconocido para el conde Rovenkine.

CEC. Papá vá á venir mamá?

JUANA. Espero que antes de un mes lo habrás abrazado.

CEC. Todas las dichas á un tiempo!

REGIS. Ah! señora, cómo demostraros mi reconocimiento?

JUANA. Haced feliz á mi hija, caballero, y yo os seré la obligada.

REGIS. De ese modo, estoy seguro de desquitarme.

CEC. Y cuando escribireis la peticion?

REGIS. Al momento.

CEC. Y volvereis pronto?

REGIS. Seguramente. No quiero perder ni un dia ni un instante de felicidad. *(saluda y se vá.)*

JUANA. Estás contenta?

CEC. Ah! mamá, te adoro.

ESCENA X.

JUANA, CECILIA, *un* CRIADO.

EL CRIADO. Señora condesa, fuera hay una mujer que pide con insistencia hablaros.

JUANA. Quién es?

CRIADO. Lo ignoro, señora condesa; pero segun demuestra debe ser una vendedora.

JUANA. Dejadla entrar. (*Cecilia se aleja*) Me dejas?
CEC. Tengo necesidad de entregarme sola á mis ideas de felicidad.

ESCENA XI.

JUANA, ROSA.

ROSA. (*Entrando por el foro, con una caja de carton debajo del brazo.*) Servidora vuestra, señora condesa.
JUANA. (*Sentada en el canapé sin mirar á Rosa.*) Buenos dias. Qué desea usted?
ROSA. (*Con tono humilde.*) Pido perdon á la señora condesa de haber tenido el atrevimiento de presentarme en su casa, sin recomendacion; pero si la señora condesa quiere tomar informes de mi persona, espero que se los darán satisfactorios. Como conozco la Rusia....
JUANA. (*Volviéndose para mirar á Rosa.*) Habeis estado allí?
ROSA. Y he pasado cuatro años.
JUANA. Ah!
ROSA. Esta es la causa que yo conozca el gusto de las señoras Rusas.
JUANA. (*Tomando su primitiva posicion y aparte.*) Me parece que ya he visto esta cara otra vez.
ROSA. Soy la que proveo á las que vienen á París, de los artículos de tocador y gran fantasía, como bordados, encajes, cachemiras, etc.; todo de confianza y módico precio.
JUANA. Os lo agradezco, pero nada necesito por ahora.
ROSA. Me recomiendo á la bondad de la señora condesa; soy madre de familia, y necesito trabajar.
JUANA. Si me hace falta mas tarde alguna cosa, yo iré á vuestra casa; dejadme las señas.
ROSA. (*Dándole una tarjeta.*) Tomadla. (*Juana tomando la tarjeta.*) Si entretanto la señora condesa se digna mirar estos bordados.
JUANA. (*Mirando la tarjeta á parte, y con espanto.*) Rosa Marquis.
ROSA. Es mi nombre, señora condesa, para serviros.
JUANA. Ah! Dios mio! (*palideciendo.*)
ROSA. (*demostrando interés.*) Qué teneis señora condesa?
JUANA. (*sobreponiéndose.*) Yo? Nada.
ROSA. (*Mirando á Juana estupefacta.*) Dios mio! (*La caja de carton se le escapa de las manos.*)
JUANA. (*Levantándose con una mezcla de asombro fingido y espanto en realidad.*) Qué es eso?
ROSA. (*Fijando en Juana una mirada escrutadora*) Juana, Juana Lambert!
JUANA. (*Con orgullo.*) Condesa Rovenkine.
ROSA. (*Con descaro.*) Desde cuándo?
JUANA. (*Pasando á la derecha.*) Qué os importa?
ROSA. No está bien, señora condesa, que la echeis de orgullosa con una amiga antigua.
JUANA. (*Alejándose.*) No sé lo que quereis decir.
ROSA. Cómo, Juana, no me conoces?
JUANA. (*Retirándose cada vez mas.*) Yo no os he visto nunca.
ROSA. Tú no conoces á Rosa Marquis tu compañera de taller; pero ella tiene mejor memoria, y te ha reconocido al momento. Es verdad que tú te conservas siempre bella y joven. (*Se quita el sombrero que coloca sobre el canapé*) en tanto que yo, con diez años menos que tú, me encuentro vieja y ajada. Es que he sufrido mucho desde entonces. (*Se sienta en el canapé.*) Qué bien se está aquí! Esto me recuerda mis buenos tiempos pasados. Dicen que Paris es el infierno de los caballeros y el paraiso de las mujeres, y yo digo que es la misma cosa para los dos. Se empieza en el campo de Marte, ó en los campos Eliseos; se concluye en Bicetre ó en Montfaucon. Cometí un disparate en abandonar la Rusia; aquel es un buen pais! Allí se hace dinero para la vejez, al cabo de diez años, si no se tiene la fortuna de hacer un buen casamiento como tú lo has hecho.
JUANA. (*Sentada á la derecha ocultando la cara entre sus manos.*) Oh! Dios mio, qué verguenza!
ROSA. No es por cierto nada político en ti, el no haber querido reconocer á una amiga antigua, á quien debes tu fortuna.
JUANA. Os debo yo algo?
ROSA. (*Levantándose.*) No fui yo la que te lanzó al mundo? Sin mi, sin mis buenos consejos, aun estarias en tu rincon, ganando mil francos cada año, trabajando quince horas al dia, comprendida la noche....
JUANA. Ojalá!
ROSA. Y no tendrias ahora criados con librea; no serias condesa, y tendrias una casa tan magnífica, y en la calle de Rivolí nada menos. Si te fastidia podemos cambiar.
JUANA. Hubiera preferido vivir y morir honrada como mi madre.
ROSA. No digas disparates y hablemos como buenas amigas, lo mismo que en otro tiempo en el taller; si querrás al fin reconocerme, señora condesa? (*Saludándola con ironia*)
JUANA. Perdóname, Rosa, el haberte desconocido un instante.
ROSA. (*Tomando una silla y sentándose al lado de Juana*) Lo comprendo; nos parecemos á los que son perseguidos por la justicia, nosotras, perseguidas por la virtud, una vez que han salido de la cárcel, no les gusta encontrar á sus compañeros de galera. Tienen miedo de comprometerse confesando sus malas compañias.
JUANA. Eso no me importa; desprecio demasiado al mundo para temerle.
ROSA. Tienes razon, y yo haria lo que tú, si no tuviese que vivir con él.
JUANA. Pero tengo una hija.
ROSA. Es bonita?
JUANA. Una maravilla de gracia y de hermosura, un ángel de inocencia y de candor.
ROSA. No la has puesto en un colegio?
JUANA. No; en un convento de religiosas, donde su educacion ha sido objeto de los mas asiduos cuidados.
ROSA. Luego quieres hacer de ella una muchacha honrada?
JUANA. Es mi sola ambicion. Quiero que la virtud de la hija rescate un dia los estravios de la madre.
ROSA. Haces bien, á fé mia, de satisfacer ese deseo. La virtud debe ser cosa muy buena en una casa, y mejor todavia cuando habiéndose visto despreciada toda su vida, se tiene el placer de verse en la vejez considerada en sus hijos. Yo tambien, creaslo ó no, y sin embargo es verdad, he tenido esta ambicion, y todo cuanto poseia lo he gastado con este objeto. Esta es la razon porque me ves trabajando ahora para ganar mi sustento.
JUANA. Tienes tambien alguna hija?
ROSA. No; un hijo.
JUANA. Qué felicidad!
ROSA. No, Juana mia; lejos de ser feliz, soy muy desgraciada.
JUANA. Deposita en mi tus penas; se comprenden tan bien las madres! Qué te aflije? Está enfermo?
ROSA. No, á Dios gracias; es un joven lleno de salud y muy bien educado.
JUANA. Luego nada padece?
ROSA. No.
JUANA. Ha ido lejos de aqui, á América para buscar fortuna?
ROSA No, está en París.
JUANA. Es soldado? Si no es mas que eso, tranquilízate, yo te devolveré tu hijo. Le compraré un sustituto.
ROSA. (*Tomando la mano de Juana.*) Gracias, Juana; acabas de decirme una palabra cariñosa, á lo que no estoy

acostumbrada. Nosotras, pobres mujeres, cuando somos jóvenes, por todas partes encontramos proteccion, pero nunca amor. Y sin embargo, tenemos un corazon, no es cierto? Y tenemos tanta necesidad de cariño como las demas, y aun mas, para hacernos olvidar lo que somos.

JUANA. Todo lo que pueda hacer por tí, Rosa, lo haré; puedes estar segura de ello. Abreme tu corazon con entera confianza.

ROSA. Qué quieres que te diga? Mi hijo no me ama.

JUANA. Qué dices? Es imposible! Un hijo no amar á su madre!

ROSA. Se averguenza de mi! Me huye! Hace tres meses que no le veo!

JUANA. Luego no viene á tu casa?

ROSA. Nunca; tiene miedo de que lo vean.

JUANA. Y por qué no vas tú á la suya?

ROSA. No quiere. Teme que me reconozcan, y que le digan un dia: Quién es esa mujer, y qué hace aquí?

JUANA. Mucho debes sufrir!

ROSA. Oh! si; bien castigada estoy; pero no era á él á quien le pertenecia hacerlo; no es cierto Juana?

JUANA. A él le tocaba consolarte.

ROSA. Todo lo hubiera soportado de los demás; he soportado ya tanto! Pero de él! De mi hijo! Esto acabará conmigo. (*Llora*)

JUANA. Pobre mujer!

ROSA. (*Con la mayor desesperacion*) Ah! Dios mio! Dios mio! Qué es lo que yo he hecho para ser tan desgraciada?

JUANA. No te desesperes; él volverá á ti temprano ó tarde.

ROSA. Si, un poco tarde; cuando esté muerta!

JUANA. Oh.

ROSA. No hablemos mas de esto, porque me hace daño. Hablemos de tí, que será mas alegre, porque eres feliz. Cuéntame tu historia.

JUANA. Te la diré en dos palabras. (*Con fria gravedad*) Me he casado y he educado á mi hija.

ROSA. Casada? Con quién?

JUANA. Mi nombre lo dice.

ROSA. Condesa Rovenkine? Seria tal vez con... pero si no es posible! (*Pausa.*) El conde Rovenkine? Platon Rovenkine, mi antiguo amante? (*Riendo, en tanto que Juana baja la cabeza sonrojada*) Juana mia, no ha sido delicado, por parte tuya, el haberte apoderado, como lo has hecho, de un apasionado mio! Ese es un marido que me has quitado.

JUANA. Gracias!

ROSA. Con algo hemos de reir. La culpa no es tuya, sino mia en haberme ausentado. Y por otra parte, la pérdida no ha sido grande. El bueno de Platon! Estúpido cuando jóven; siempre borracho, y feroz en su momentos lucidos. Has debido ser muy desgraciada con ese animal.

JUANA. No.

ROSA. Qué, se habrá correjido á la vejez?

JUANA. Sí.

ROSA. De veras? Entonces ya no hay que dudar de nada, ni desesperar de nadie... de nadie! (*Pausa.*) Pero ahora que recuerdo, Rovenkine no tenia ni un sueldo cuando yo le dejé!

JUANA. Ha heredado.

ROSA. Qué suerte tienen esos boyardos! Cuando están mas arruinados, se les entran por las puertas las riquezas, sin que piensen en ellas, del mismo modo que á nosotras la miseria. Te felicito pues de ello! Y el Príncipe?

JUANA. El Príncipe?

ROSA. Sí, el Príncipe Boris qué ha dicho?

JUANA. Nada.

ROSA. Es un hombre *comme il faut*. No pudiendo casarse contigo á causa de su posicion, ha hecho muy bien de dejarte casar con otro, que podia hacerlo.

JUANA. Qué suplicio!

EL CRIADO. (*Anunciando.*) El señor conde de Plougastel.

JUANA. Por el amor de mi hija, Rosa te suplico...

ROSA. No tengas cuidado; se vivir. No seré yo la que comprometa á una amiga. (*Se pone el sombrero y recoge la caja de carton.*)

JUANA Gracias.

ROSA. Soy mala en apariencia, pero en el fondo no, como ves.

ESCENA XII.

LAS MISMAS Y REGIS.

REGIS. Señora condesa, dignaos trasmitir sin detencion esta carta al señor Conde Rovenkine, en la que tengo el honor de pedirle la mano de vuestra hija.

JUANA. Vuestro brazo, querido Conde, y vamos á reunirnos con vuestra prometida.

ROSA. Me recomiendo á la señora Condesa para proveerla del ajuar.

JUANA. No os echaré en olvido. (Sé discreta; yo seré reconocida.)

ROSA. (Tranquilízate que no diré nada, ni te robaré mucho.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Un salon magnífico, suntuosamente adornado y amueblado. Puertas laterales con llamadores; á la izquierda una chimenea. En el centro del salon, una mesa llena de periódicos y albums. A la derecha, en primer término, un canapé, una butaca á cada lado de la mesa, otra de frente á la chimenea. La una de la tarde.

ESCENA I.ª

EL CRIADO Y LA DONCELLA DE TOCADOR.

El criado entra rápidamente por la puerta del fondo, y vá á llamar á la de la derecha, y se dirije á la de la izquierda como quien busca á alguno. La puerta de la derecha se abre y aparece la doncella.

LA DONCELLA. Qué quieres? La señora acaba de vestirse.

CRIADO. Tengo precision de tomar órdenes de la señora condesa. En la antesala hay un hombre, un caballero, no sé como esplicarme; una especie de salvaje, cubierto de pieles hasta la cabeza; en fin, tiene todas las trazas de un oso.

DONCELLA. Y qué quiere?

CRIADO. No lo sé, se come la mitad de las palabras.

DONCELLA. Estará enfermo?

CRIADO. No; antes tiene buen apetito; porque quiere que se le dé de almorzar.

DONCELLA. Entonces es algun viajero que ha equivocado el piso; es preciso dirijirlo al comedor de la fonda.

CRIADO. Ya he probado á indicárselo, pero se ha puesto á gruñir terriblemente, echándome unas miradas...

DONCELLA. Pero en fin, quién es?

CRIADO. Al preguntárselo me ha respondido: Tu señor, esclavo.

DONCELLA. No es mala contestacion.

CRIADO. Pues es tal como os la he dicho.

DONCELLA. Y qué pensais hacer?

CRIADO. No lo sé y por eso vengo á tomar órdenes de la señora.

DONCELLA. Voy á prevenirla.

CRIADO. Yo he visto entes originales en el mundo, pero un mónstruo como este, nunca.

ESCENA II.

El criado y Juana.

Juana. Preparad el almuerzo y haced entrar al señor conde de Rovenkine.

Criado. El señor conde?

Juana. Obedeced, pronto.

Criado. Ah!

Juana. Siempre el mismo! Lo podré hacer entrar en razon.

ESCENA III.

Juana, Platon y el Criado.

Criado. (*Anunciando.*) El señor conde Rovenkine. (*Platon entra envuelto en una gran pelliza de pieles con grandes botas de abrigo, y un gorro de piel de Astracan: sus pasos son lentos, su cara pálida y la fisonomía embrutecida.*)

Juana. (*Yendo al encuentro de Platon.*) Buenos dias, señor Conde. (*Platon responde con un movimiento de cabeza, y con una seña indica al criado le quite su vestido de viaje: este le quita primero la pelliza, luego las botas, y recibe en la cara el gorro que se le ha olvidado quitar al conde, y se marcha asustado.*) Habeis tenido buen viaje?

Platon. (*Con voz concentrada.*) Fatigado.

Juana. (*Señalándole una butaca á la izquierda de la mesa.*) Sentaos; os agradezco la incomodidad que os habeis tomado de venir hasta aqui.

Platon. Ucrania.... lejos, muy lejos! Tres semanas de camino! Uf! (*Se sienta.*)

Juana. Dispensadme el haberos incomodado. Vuestra presencia era necesaria.

Platon. Para qué?

Juana. Cecilia vá á casarse.

Platon. No me importa.

Juana. Necesita vuestro consentimiento.

Platon. Consiento siempre.

Juana. Será preciso que la conduzcais al altar.

Platon. Cuándo?

Juana. Lo antes posible! Dentro de quince dias.

Platon. A qué hora?

Juana. Como de costumbre, al medio dia.

Platon. Temprano.

Juana. Por qué?

Platon. Enfermo la mañana.

Juana. Ese dia hareis un esfuerzo sobre vos mismo, y estareis bueno.

Platon. Difícil!

Juana. No seré ingrata; fatigas, esfuerzos; todo os será pagado.

Platon. Cuánto?

Juana. Escuchad. El hombre que se casa con vuestra hija, tiene uno de los nombres mas ilustres de Francia.

Platon. Rico?

Juana. No se trata de eso. Yo os hablaba de un gran nacimiento, y el caracter es como el origen. Ese jóven tiene solo un defecto, estimar la virtud hasta la exajeracion. Tiene el fanatismo del honor. Su sombria lealtad se espanta de la menor cosa. Si llegase á descubrir, á sospechar solo, en nuestra familia, una de esas debilidades, uno de esos vicios que no han manchado nunca la suya, haria callar su amor, para no escuchar sino sus escrúpulos; y prefiriendo el aislamiento á una mala alianza, romperia un casamiento que puede hacer su felicidad, y la de mi hija.

Platon. Embarazoso.

Juana. Menos que creeis. El negocio bien conducido toca á su término; solo se trata de que llegue á su fin como ha empezado, y esto depende de vos.

Platon. Cómo?

Juana. Basta con tener una actitud conveniente.

Platon. (*Levantándose por un movimiento automático.*) Sé tenerla.

Juana. Y llevar, en tanto que permanezcais en Paris, una vida regular y sóbria.

Platon. (*Cayendo en el canapé.*) El agua hace mal.

Juana. No pretendo haceros pasar repentinamente de un estremo á otro; todo lo que os pido, lo que exijo es, que permanezcais en un justo medio.

Platon. Cuál?

Juana. (*Sentándose al lado de Platon.*) El que yo os fije. (*El conde exhala un suspiro.*) Siempre os estaré observando; habitaremos en el mismo cuarto, y comeremos en la misma mesa.

Platon. No podré salir?

Juana. Nunca sin mí.

Platon. Quince dias!..

Juana. Que os baldrán cada uno..

Platon. Qué?....

Juana. Teneis necesidad de dinero para vuestras deudas y vuestros placeres. Pues bien, si os conducis como yo espero, y como debe hacerlo un hombre de vuestro rango y educacion, á vuestra vuelta á Ukrania, os haré dar por mi banquero, además de vuestra pension ordinaria, tantas veces mil rublos, como dias hayais pasado en París.

Platon. Rublos... papel?

Juana. Rublos, plata. Por diez dias, diez mil rublos de plata; cuarenta mil francos de Francia. Este será vuestro regalo de boda. Qué decis?

Platon. Diez dias, mucho tiempo.

Juana. No vacileis, ó me retracto.

Platon. (*Con indolencia.*) Me es igual!

Juana. (*Con severidad.*) Cuidado. Si me quejo de vos, conde Platon, no os reireis de mí!

Platon. (*Asustado.*) La Siberia!

Juana. No digo tanto; solamente os advierto, que nunca podré perdonar á la persona que comprometa la felicidad de mi hija. Os doy á escojer entre mi reconocimiento ó mi venganza. Elegid, pues.

Platon. Me decido por el reconocimiento del dinero.

Juana. Procurad merecer lo uno y ganar lo otro.

Platon. Procuraré.

ESCENA IV.

Los mismos, Cecilia.

Cec. Es cierto, mamá? Es posible? Mi padre está aquí?

Jua. (*señalando Platon á Cecilia.*) Ese es, hija mia, el señor conde de Rovenkine en persona.

Cec. (*corriendo á abrazarlo.*) Padre mio! Ah! padre mio, mi padre querido, qué felicidad veros al fin! Qué dicha el abrazaros!

Pla. (*rechazándola, suavemente.*) Buenos dias, señorita.

Cec. (*desconcertada.*) Me decis señorita! Señorita á mí, á vuestra hija, y no me abrazais? Qué frialdad! (*mirando á su madre.*) Qué he hecho yo para merecer una acojida semejante?

Jua. (*abrazando á Cecilia.*) Nada, pobre hija mia. Es solo que tu padre se halla fatigado de un viaje tan largo.

Pla. (*con melancolía.*) Aun no he almorzado hoy.

Jua. Van á serviros al momento.

Cec. (*llorando sobre el pecho de Juana.*) Ya te lo habia dicho, mamá, que mi padre no me amaba!

Jua. (*Juana lanza al conde una mirada severa, que este no vé, absorto como está en una profunda meditacion.*) Te engañas, hija mia, y el tiempo te probará tu error. No es cierto, señor conde?

Pla. Quisiera ostras de Ostende, y vino de Salermo.

ESCENA V.

Los mismos, ARTURO.

CRIADO. (*anunciando.*) El señor marqués de Laverdac.

JUA. Un estraño en este momento!

ART. (*entrando.*) Señora condesa, tal vez uso demasiado pronto, y abuso tal vez del permiso que os habeis dignado concederme.

JUA. (*con galanteria.*) Cómo, señor marqués! Siempre tengo una satisfaccion en veros, y sobre todo, hoy, que tengo el gusto de presentaros al señor conde de Rovenkine. (*á Platon, designándole al marqués.*) El señor marqués de Laverdac, amigo del baron Smoloff, uno de los escritores mas distinguidos de la prensa francesa.

ART. (*saludando á Platon, que se levanta.*) Señor conde, soy muy dichoso en conoceros; es un honor que deseaba hace mucho tiempo, y que no esperaba tenerlo tan pronto.

PLA. Encantado, marqués, encantado, encantado! Almorzar conmigo.

ART. Mil gracias por vuestra invitacion, señor conde; pero ya he almorzado.

JUA. Mi marido acaba de llegar en este momento; tiene necesidad de descanso, y voy á dar las órdenes oportunas. Creo me dispensareis, señor marqués, mi ausencia de un momento. (*Se saludan; Juana toma el brazo de Platon, y se lo lleva por la derecha.*)

ESCENA VI.

CECILIA *y* ARTURO.

ART. (*Acercándose á Cecilia, que se ha quedado inmóvil y pensativa.*) Solo al fin con ella! Sois muy feliz, señorita!

CEC. Yo?

ART. Menos tal vez que mereceis, pero tanto como puede serlo una jóven.

CEC. Qué os lo hace creer?

ART. Jóven, bella, niña adorada de una querida madre, solo os hacia falta la presencia de vuestro padre, y ya lo teneis á vuestro lado, mas amante que nunca, porque es mas dichoso. Despues de haberos perdido de vista muy pequeña, continuaba amando vuestro recuerdo, y no ha podido encontraros transformada y perfeccionada como estais, por el feliz trabajo de vuestra juventud, sin admirar en esta hija, que no podia reconocer, la que habia debido soñar; y sin mostraros por un doble cariño, el legítimo entusiasmo de su paternal orgullo.

CEC. Muy lindas frases, señor marqués, que lo serian aun mas, si fuesen verdaderas.

ART. Qué, dudais de ellas?

CEC. Sí.

ART. Nadie se conoce á sí mismo; vos ignorais el poderoso encanto de vuestra presencia. Veros y amaros, es una misma cosa. Vuestro solo aspecto hace que nazca el amor. Y qué, solamente vuestro padre escaparia á este irresistible magnetismo, que ejerceis en todos los corazones, cuando otros se entregan enteros y por siempre, sin saber si os dignareis apercibiros de ellos?

CEC. Oh! no soy ciega, y sé bien cuando me aman.

ART. Y cómo podeis saberlo, cuando no os lo dicen?

CEC. Lo adivino.

ART. Luego sabeis que hay un hombre, de quien sois la única pasion, el único pensamiento? Que cifra toda su dicha en amaros, y toda su ambicion en merecer vuestro agrado; que os ha dado su alma en la primer mirada, y consagrado su vida hasta su último aliento? Lo sabeis, pues?

CEC. Hace mucho tiempo.

ART. Y tan puros y sinceros sentimientos, obtendrán el perdon de su temeridad?

CEC. Solo se perdonan las ofensas.

ART. Y se desdeñan las locuras?

CEC. El desden?

ART. O al menos, la indiferencia.

CEC. La indiferencia se parece mucho á la ingratitud.

ART. Qué, este amor que se siente hasta lo infinito, os dignariais absolverlo, compartiéndolo?

CEC. Por qué no?

ART. Y lo confesais!

CEC. Con orgullo.

ART. (*arrodillándose.*) Ah, Cecilia!

CEC. (*estupefacta.*) Qué haceis, caballero?

ART. Ofreceros mi vida, para demostraros mi reconocimiento.

CEC. Cómo? Era de vos de quien me hablabais?

ART. (*levantándose, con la fisonomía contraida.*) Pues de quién?

CEC. Os pido perdon, señor marqués; en este momento pensaba en otra persona. (*saluda y se va.*)

ART. Enviado á la escuela por una pensionista! Todo se ha perdido, y estoy en ridículo. Ya, ni aquí ni en ninguna parte, podré adelantar nada! (*se dirige precipitadamente hácia la puerta del foro.*)

ESCENA VII.

ARTURO, ROSA.

ROSA. (*entrando por el foro.*) Arturo!

ART. (*palideciendo, y volviendo la cabeza.*) Mi madre!

ROSA. (*con amargura, bajando á la izquierda.*) Por qué vuelves la cabeza? Puedes reconocerme; aquí no hay nadie.

ART. No me abrumeis!

ROSA. No soy yo quien te abruma, es tu conciencia! (*pausa.*) Tres meses han pasado sin que hayas puesto los piés en mi pobre habitacion. Primero, te has ido alejando poco á poco de mi casa, y de mí en seguida; despues de haber tomado un cuarto separado, dándome por pretesto tus negocios, has ido á verme todos los dias, luego de dos en dos, despues de tiempo en tiempo, y y por último, te has alejado del todo. No quieres que vaya á tu casa, por miedo de que me vean, y que alguno me reconozca. Así es, que para verte, es preciso que te encuentre por casualidad.

ART. Madre mia, os pareceré un ingrato, y podeis maldecirme; pero no soy mas que un desgraciado, y debeis compadecerme.

ROSA. Quién merece mas compasion? Tú, ó yo! Tú, que abandonas á tu madre, ó yo, que he perdido á mi hijo! Y cómo lo he perdido? Por la muerte? No. Ah! entonces podia aun amarte llorando; pero ni aun ese consuelo me queda! Tú me arrebatas mi última ilusion; no puedo creer ya en el amor de mi hijo! Las demas mugeres tienen una familia que las ama, un marido que las protege, el mundo que las considera; pero yo no tenia mas que á ti! Y tú me faltas! En tí cifraba mi gloria y mi orgullo, toda mi alegría, mi único pensamiento, y me olvidas renegando de mí, y me encuentro enteramente sola, viuda sin nombre, madre sin hijo, anciana sin apoyo, miserable sin esperanza, sin compasion! Ni aun en el otro mundo podré verte, pues que ya huyes de mí; tu voluntad es la que nos separa; desde ahora, para siempre has puesto entre nosotros tu indiferencia, mil veces peor que el sepulcro!

ART. Madre mia, decidme cuanto querais; acepto todos los dicterios, los he merecido; pero no digais, oh! por piedad, madre mia, no digais que no os amo!

ROSA. Digo solo la verdad. No se abandona á las personas que se aman, y á su madre menos aun! Los buenos hijos, no abandonan ni á las malas madres. Respóndeme: no he sido buena para tí? No he cumplido mis de-

beres contigo; mas que mis deberes? Hubiera podido obrar como otras muchas; no hablo de esas mugeres sin entrañas, que abandonan los hijos, que han abandonado los padres; hablo de aquellas que no valen ni mas ni menos que las demás. Hubiera podido educarte de cualquier modo, divirtiéndome y dejándote llevar del acaso, como un árbol impelido por el viento. Pero no he querido; preferí mejor privarme de todo, para darte educacion. Sabia que hoy, un hombre sin educacion, no era nadie; y quise que mi hijo, con el tiempo, tuviese una posicion regular. Te puse en un colegio, y he pagado tu pension durante nueve años, sin faltar un semestre; echaba el dinero en una alcancía, y nunca tocaba á ella, ni aun para mi sustento. Mas de una vez me he encontrado sin un cuarto; todas mis alhajas vendidas; todos mis efectos empeñados; mas de una vez me he acostado sin comer, y ni aun asi he vacilado. Me habia propuesto que tendrias todo lo que te hiciese falta, aun cuando debiese morir de hambre, y he cumplido mi palabra. Lecciones de esgrima, de música, de equitacion, de dibujo, de baile, todos los conocimientos posibles, todo lo has tenido, todo, hasta ser recibido bachiller, doctor, qué sé yo? Y esta es mi recompensa! Este el resultado de todos mis sacrificios! La educacion, de la que yo esperaba tu fortuna y mi felicidad, dá por resultado, solamente, hacer de tí un mal hijo, y de mí la mas desgraciada de las madres.

Art. Es verdad, nos habeis perdido á los dos!

Rosa. Me acusas?

Art. Dios me guarde de semejante impiedad! Demasiado habeis hecho; habeis creido hacer bien, y me inclino con respetuoso reconocimiento ante la abnegacion de vuestro amor materno; pero el corazon estravía algunas veces el entendimiento; os habeis engañado cruelmente, madre mia, y los dos sufrimos el castigo de vuestro error.

Rosa. Arturo!

Art. Ah! por qué no habeis hecho de mí un simple artesano? Me hubieran dado de comer, olvidando mi nacimiento. Con el trabajo de mis manos, hubiera alimentado vuestra vejez, encontrando en el cumplimiento de mi deber, la sola felicidad, compatible con la fatalidad de mi situacion. Pero habeis querido hacer de mí un caballero, y habeis hecho solamente un aventurero.

Rosa. Y es culpa mia, si en lugar de ser hijo de tu madre Rosa Marquís, has llegado á ser señor marqués, sin padres conocidos!

Art. Habiais hecho que me educase con hijos de familias pudientes, y como ellos, tomé sus costumbres, que no podian convenirme; sus gustos, que no podia satisfacer; sus defectos, que eran vicios en mí; empezando á tener vanidad, la he llevado hasta la mentira. No podia entrar en la sociedad, sino disfrazado; máscara por máscara, he escogido la mas brillante, á fin de ser, á la vez que menos sospechoso, mas señalado. Oculté bajo un título falso, la falta de un verdadero nombre.

Rosa. Qué te impedia tener una vida honrada y tranquila? Una muger hace lo que puede, un hombre, lo que quiere.

Art. Y cuál?

Rosa. Lo sé yo acaso? Un hombre instruido no se encuentra nunca sin ocupacion.

Art. Obrero, hubiera podido vivir de mi trabajo, y de sus productos. Pero un hombre que ha aprendido el griego, el latin, que es bachiller, que podria ser ministro, trabajar con sus manos? No, vale mas esperar con los brazos cruzados la fortuna, que no llegará nunca. Con una educacion liberal, no se puede ejercer sino una profesion liberal.

Rosa. Y bien?

Art. Cuál? Para el adolescente, rico de antemano, para aquel á quien el nacimiento le ha preparado la fortuna, la cuestion no es difícil de resolver. No tiene mas que elegir. Pero yo, el predestinado de las casualidades desgraciadas? Para ser agente de cambio, ó notario, se necesita dinero; para ser abogado se necesita tambien; á el médico le hace falta para encontrar enfermos; á el abogado para esperar los pleitos. Qué hacer pues? Somos hombres á propósito para todo, y buenos para nada. Tenemos derecho para pretender todas las dignidades, y no tenemos medio de ganarnos el pan. Todos los horizontes los tenemos abiertos; todas las carreras están cerradas para nosotros.

Rosa. Y la literatura? Dicen que esa abre el camino para todo.

Art. Hasta para el hospital! Para algunos, ciertamente, es el poder y la gloria! Pero se necesitan grandes talentos, mas difíciles de encontrar que las grandes fortunas. Para la mayor parte, es una lucha sin tréguas y sin reresultado, en la que el trabajo nace de el trabajo, y el decaimiento del éxito mismo. Se vive en el desórden, y esperando morir en la miseria.

Rosa. Sin embargo, tú escribes.

Art. Sí, unas veces bien, y otras mal, por darme tono.

Rosa. Entonces, cómo vives?

Art. No vivo, lucho.

Rosa. Pero al verte tan bien vestido, siempre en carruaje, admitido en las grandes sociedades, te creia dichoso, rico, considerado!

Art. Me hago el opulento, como los cobardes que cantan, para ocultar su miedo. Lujo superficial, con la desnudez en el fondo; pincelada de brillante colorido, dada sobre una ruina. Me consideran, decís? Sí, como un animal curioso y perjudicial! Observad las personas que me miran, las vereis sonreirme cuando paso, y reirse de mí cuando he pasado!

Rosa. Dios mio!

Art. Ah! esta máscara me sofoca, y no puedo arrancármela, para dar aire á mis pulmones, y honor á mi cara. He tomado un papel, y es preciso continuarlo de grado ó por fuerza; es preciso representar mi personaje á todo trance, ó ser silvado. Pero ya he apurado todos los recursos y toda la paciencia. He aventurado todos los juegos, todos los azares, y marcho en medio de los abismos con una montaña sobre los hombros.

Rosa. Me asustas!

Art. Atacado sin cesar mi orgullo, confundida mi ambicion, la envidia en el ódio, todas las pasiones, todas las pretensiones, todas las impotencias combinadas en una fiebre, que se llama la vida, hé aquí mi destino, madre mia! Hé aquí la felicidad que no quiero partir con vos!

Rosa. Qué, no te queda ningun recurso?

Art. Sí, el último, el peor de todos; un casamiento por dinero. Sí, madre mia, casarse con una jóven, para ser sostenido por una muger.

Rosa. Y bien? Aunque tú lo hicieras, otros muchos hacen del mismo modo.

Art. Oh! es que esta infamia, no la comete el que quiere; se necesita para ello suerte y poder. Hace un instante que me he arrodillado á los pies de una jóven, que se ha burlado de mí, y me he levantado con la desesperacion en el alma, al verme puesto en ridículo! Cuando entrabais, salia yo decidido á poner fin de una vez á todas mis miserias.

Rosa. A matarte! Hijo desgraciado!

Art. Preferible es una muerte pronta, á una larga agonía! La vida no me cansa, la aborrezco.

Rosa. Y yo?

Art. Para qué os sirvo?

Rosa. Para amarte.

Art. Y qué, podeis amar i e todavía? No os he abandonado?

Rosa. Ingrato, cuándo deja de amar una madre!

Art. No he renegado de vos?

Rosa. Y qué me importa?

Art. Lo habeis dicho vos misma; muerto antes que ingrato! Dejadme, pues, y llorad sobre mi tumba sin maldecirme! Adios, madre mia! (*da un paso hácia la puerta del foro.*)

Rosa. (*deteniéndolo.*) Arturo! Arturo! Hijo mio, mi querido! No, yo no he dicho eso! No he dicho que te amaria mejor muerto; no, no he podido decirlo! Si lo he dicho, he mentido; esas palabras se las lleva el viento. No creo nada, ni tú tampoco. Matarte! Ah! Dios mio! era lo único que me faltaba! Oh! seguramente que tú no querrás hacerme desgraciada, no es cierto?

Art. Ruedo en un abismo y no puedo sostenerme; no me detengais, porque solo prolongareis mi suplicio.

Rosa. Eso es una locura! Hablemos razonablemente. Es preciso encontrar algun medio para sacarte de esta situacion. Por de pronto, desecha esa horrorosa idea, que aun me hace estremecer! Tengamos sangre fria los dos, y busquemos algun recurso.

Art. No hay ninguno.

Rosa. Qué sabes tú? Dios puede siempre salvar á los seres que se creen perdidos. No hay sino tener esperanza. Tranquilízate, yo le suplicaré todos los dias y todas las noches por tí; él me escuchará; Dios escucha á las madres. Yo soy quien ha causado el mal, déjame repararlo. Espera, he concebido una idea.

Art. (*con ironía melancólica.*) Cuál?

Rosa. Me hablabas hace un momento de una jóven con quien querias casarte?

Art. Y que se ha reido de mí, cuando la he hablado de amor.

Rosa. Dónde está, dónde la has visto?

Art. Aquí.

Rosa. Aquí mismo?

Art. En el mismo sitio en que vos estais.

Rosa. Con que es ella, la hija de?..

Art. Del conde Rovenkine.

Rosa. Y quieres casarte con ella?

Art. Hubiera querido.

Rosa. Te casarás.

Art. Estais loca?

Rosa. Te lo he asegurado, y en semejante momento no trataria de engañarte.

Art. Os haceis ilusiones!

Rosa. Estoy segura de ello, y solo te pido una hora para poderte convencer.

Art. Si á lo menos me amase!

Rosa. Ella te amará, cuando te conozca mejor.

Art. Es que ama á otro.

Rosa. Porque la han dicho que lo ame. Ella cambiará de parecer, cuando sus padres cambien de idea.

Art. Quién puede hacerlos cambiar?

Rosa. Yo.

Art. Cómo?

Rosa. Ese es mi secreto. Por otra parte, qué puedes perder?

Art. Lo que puedo ganar; nada.

Rosa. Déjame probar; solo te pido una hora de paciencia. Vé á esperarme sobre el terraplen de los Faldenses, y convengamos una señal. Si mi empresa sale bien, alzaré la cortina de esta ventana, y subirás; si sale mal, iré á reunirme contigo.

Art. Como querais, madre mia. (*alejándose.*)

Rosa. (*deteniéndolo.*) Pero tú me prometes, me juras, no pensar mas en esos horrorosos proyectos?

Art. Estad tranquila.

Rosa. Tu palabra de honor?

Art. Mejor que eso, madre mia; una palabra de reconocimiento y adoracion.

Rosa. Ah! qué contenta estoy! (*abrazándolo.*)

Art. Y yo? Vos me reconciliais con la vida.

Rosa. Crees que saldré bien en mi empresa?

Art. No sé. Pero veo que es preciso no desesperar en tanto que tengamos una madre! (*la besa las manos, y se retira.*)

Rosa. Trabajo me costará el arrancarle el consentimiento, pero allá veremos.

ESCENA VIII.

ROSA, JUANA.

Jua. (*entrando por la derecha.*) Buenos dias, Rosa. Qué me traes de nuevo?

Rosa. Una cosa que va á asombrarte.

Jua. (*disgustada.*) (Ya empieza á tutearme.)

Rosa. Y no me preguntas lo que es?

Jua. Ya os lo he preguntado.

Rosa. Es que no sé cómo decírtelo... y sin embargo, tendré que hacerlo.

Jua. (*algo inquieta.*) Luego es bien grave?

Rosa. Sí.

Jua. Alguna desgracia? Para quién? Para vos? No. Para mí? Poco me importa si no amenaza á mi hija.

Rosa. Pues á ella le toca un poco.

Jua. (*con terror.*) Ah!

Rosa. Pero no es una desgracia.

Jua. Respiro!

Rosa. Es solamente una cosa singular, una aventura.

Jua. Una aventura para mi hija! Qué quiere decir eso?

Rosa. (*llevando á Juana á la izquierda, y sentándose á la mesa.*) Ven, sentémonos juntas, y hablemos francamente, como dos buenas amigas, no es cierto? Ya sabes que te quiero bien, Juana! Y tú me has prometido siempre hacer todo lo posible para consolarme, no es así?

Jua. Y bien?

Rosa. Pues... (*vacilando.*)

Jua. (*sentándose á la derecha de la mesa.*) Por favor, acabad.

Rosa. Es que quisiera esplicarme de un modo...

Jua. (*interrumpiéndola.*) Basta de palabras; al hecho.

Rosa. (*bruscamente.*) Al hecho! Es mejor decir las cosas tal como son. Mi hijo está enamorado de tu hija. Ya lo sabes todo.

Jua. Vuestro hijo enamorado de Cecilia?

Rosa. Sí.

Jua. Qué quiere decir esto?

Rosa. Quiere decir, que la ama.

Jua. Si no la conoce!

Rosa. Preciso es que la conozca, cuando la ama.

Jua. Desde cuándo?

Rosa. Desde que has llegado.

Jua. Dónde la ha visto?

Rosa. Aquí.

Jua. En mi casa?

Rosa. En este salon; en ese sitio.

Jua. Cómo, si yo no le he visto nunca, si no le conozco! Su nombre?

Rosa. Arturo.

Jua. Arturo! Arturo qué? Arturo de qué?

Rosa. Demontre! Se llama como yo... Marquís.

Jua. No conozco ningun Marquís.

Rosa. Marqués de Laverdac.

Jua. Laverdac! Ah! el que se llama marqués de Laverdac es vuestro hijo?

Rosa. Sí, querida.

Jua. Y decis que ama á mi hija!

Rosa. Seguramente.
Jua. Lo siento.
Rosa. Por quién?
Jua. Por él.
Rosa. Y por qué?
Jua. Porque ella no le ama.
Rosa. Le amará mas tarde.
Jua. Lo dudo!
Rosa. Estoy segura de ello! El casamiento cambia mucho todas las cosas.
Jua. El casamiento!
Rosa. Sí, Arturo es un buen muchacho; tiene talento; sabrá hacerse amar, una vez casado.
Jua. Pero con quién?
Rosa. Con Cecilia.
Jua. Vuestro hijo casarse con mi hija!
Rosa. Te pido su mano para él.
Jua. Eso es una locura.
Rosa. Por qué?
Jua. Porque sabeis que debe casarse con otro.
Rosa. Pues bien, no se casará, y está concluido.
Jua. He dado mi palabra.
Rosa. Una palabra no es un negocio consumado.
Jua. Para vos, puede ser. Para mí, es un contrato irrevocable y sagrado.
Rosa. Pero Rovenkine á nada se ha obligado todavía; y supuesto que es el padre de tu hija... porque supongo que será su padre?
Jua. Hubierais podido ahorraros esa pregunta insolente!
Rosa. Muy bien! Siéndolo legalmente, es cuanto se necesita. Para contraer matrimonio se necesita el consentimiento del padre, y quien no lo tiene, es como si no tuviera nada.
Jua. El señor conde Rovenkine da su consentimiento.
Rosa. Es decir que debe darlo?
Jua. Dentro de un momento.
Rosa. Es decir, que no hay nada concluido, y que todo puede cambiar?
Jua. Romper un casamiento convenido, tan honroso como ilustre, y que hace la felicidad de mi hija, para hacer de repente, otro! Y cuál? No quiero devolveros ofensa por ofensa; pero en fin, comparad vos misma; vuestro hijo no tiene posicion.
Rosa. Su casamiento le dará una.
Jua. Enriqueciéndolo.
Rosa. Como el otro. En cuanto á fortuna están iguales.
Jua. Pero en cuanto á lo demas?..
Rosa. Porque ese señor es conde?
Jua. De buena ley!
Rosa. Como tú condesa! Y de eso te prevales para despreciar á un marqués figurado. Ingrata! Olvidas muy pronto la virtud del Sacramento! Una vez casado, Arturo podrá tambien á su vez llegar á ser algo.
Jua. Basta, y concluyamos.
Rosa. Decididamente rehusas?
Jua. Decididamente.
Rosa. Ten cuidado, Juana Lambert!
Jua. Amenazas!
Rosa. He empezado por suplicar.
Jua. La súplica era insensata; las amenazas ridículas!
Rosa. (*dirigiéndose á la puerta del foro.*) Veremos si te harán reir.
Jua. Qué quieres hacer?
Rosa. Lo que tú no quieres; romper ese casamiento.
Jua. Cómo?
Rosa. Diciendo á todo el mundo, empezando por el señor conde de Plougastel, quién es la condesa Rovenkine, nacida Juana Lambert.
Jua. No te creerán.
Rosa. Siempre creen el mal, mucho mas siendo una verdad.
Jua. Rosa!
Rosa. Qué quieres?
Jua. Tú no harás eso.
Rosa. Vas á verlo.
Jua. Pero es una infamia!
Rosa. Llámalo como quieras; me es igual.
Jua. Rosa, escúchame.
Rosa. Veamos.
Jua. Tú no has reflexionado lo que quieres hacer; no es posible; obligarme á que haga la desgracia de mi hija! Que la impida yo, su madre, casarse con el hombre que ama, que yo la he permitido amar, que la he prometido por esposo! Y para qué? Para casarla con otro que ella no ama, que no puede amar! Vamos, yo no quiero decir mal de tu hijo, pero ella no puede amarlo, porque ama á otro. Tú eres buena en el fondo, y no querrás hacer una cosa semejante, esto seria horroroso! Deshonrar una muger que nunca te ha hecho mal! Una amiga, por no querer consentir en la desgracia de su hija! Es monstruoso! Eres madre, amas á tu hijo, y tienes razon; pero debes comprender, que como tú, soy madre tambien. Medita un momento; mi hija está llena de alegría y de esperanza, todo le sonrie; y será preciso que con un corazon tan tierno, esa verdadera flor de amor, la destroce, destruyendo en ella la esperanza y la dicha? Yo me aborrecia á mí misma; pues bien, me amo y me admiro en ella, mejor y mas bella, rejuvenecida, purificada, transfigurada de cuerpo y de alma, como la pecadora, que muriendo en la tierra, revive santa y gloriosa en el cielo! Y quieres arrebatarme esta dicha? Oh! es imposible!
Rosa. Qué quieres? No es culpa mia si las cosas han tomado este giro. La casualidad lo ha hecho todo! No es justo que para ti sea todo lo bueno, y todo lo malo para mí! Quieres que vea morir á mi hijo! Que se levante la tapa de los sesos! Imposible! Así, no hablemos mas!
Jua. Ten cuidado, Rosa Marquis.
Rosa. Ah! me amenazas á tu vez? Lo prefiero.
Jua. Lo veremos.
Rosa. Qué intentas?
Jua. Defenderme, pues me atacas, y si lo llevas adelante, vengarme.
Rosa. No creas que me vas á mandar á la Siberia! París está muy distante!
Jua. Tengo lo que necesito.
Rosa. Qué?
Jua. Escándalo por escándalo; si tú nos difamas, te arranco la máscara.
Rosa. Cómo?
Jua. No me será difícil probar, que el hijo es un falso marques, y la madre...
Rosa. Acaba. Tengo curiosidad en saber qué nombre dais á una compañera antigua.
Jua. Yo no tengo mas que una falta que ocultar, y tú tienes que sonrojarte de toda tu vida.
Rosa. Poca diferencia hay entre las dos. Tú has tenido mas suerte; esta es la ventaja que me llevas; pero yo tengo otra sobre tí.
Jua. Cuál?
Rosa. Que en cuanto á reputacion y fortuna, nada tengo que perder.
Jua. Y tú hijo?
Rosa. Tiene tanto que perder como tu hija.
Jua. Y cómo haremos?..
Rosa. Como tú quieras: eso te concierne.
Jua. (*sentándose al lado del velador, y llorando.*) Mi pobre hija no consentirá nunca.
Rosa. No tienes mas que querer, y obedecerá. Ha recibi-

do muy buena educacion, y estas obedecen siempre á sus padres.

Jua. Se morirá de tristeza.

Rosa. Tristeza de amor, solo dura un dia, como dice la cancion.

Jua. Pero y el conde! Despues de haberle propuesto un yerno, cómo proponerle otro?

Rosa. No podrás hacerme creer que es el dueño en tu casa. Conozco bien á Platon; es una veleta borracha, que gira sola; con mas razon, soplándole. Esto es muy cómodo para tí, pues le echarás á él la culpa. Dirás á tu hija que tú querias un yerno, pero que su padre quiere otro; al jóven le dices lo mismo, y estarás fuera de compromiso.

Jua. Bien, veremos.

Rosa. Ya está todo visto.

Jua. Déjame tiempo para reflexionar.

Rosa. Reflexionar? Para qué? Ya lo hemos examinado todo.

Jua. Aun necesito tiempo...

Rosa. Para salvarte, no es esto? Y yo me quedaria aquí, como una tonta, enfrente de mi hijo, desesperado, no sabiendo qué decirle para evitar una desgracia! No; vas á hacer inmediatamente todo lo que hemos convenido.

Jua. Nunca!

Rosa. Como quieras. Hasta mas ver. (*se aleja.*)

Jua. Pero en fin, qué quieres?

Rosa. Quiero que aquí, ahora mismo, en presencia de testigos, tus criados, si no hay otras personas, quiero, repito, que tú y el conde diga á mi hijo que lo aceptais por yerno.

Jua. No está aquí.

Rosa. Estará antes de cinco minutos.

Jua. Irás tú á buscarlo?

Rosa. No soy tan estúpida; no tengo mas que hacerle una señal; (*levanta la cortina de la ventana.*) y ya está hecha. Mi hijo va á subir.

Jua. (*dando vueltas, con los ojos espantados, y á media voz.*) Si tuviese un arma!...

Rosa. Qué dices?

Jua. (*haciendo un movimiento hácia Rosa.*) Nada.

Rosa. (*retrocediendo.*) Si das un paso hácia mí, grito al asesino.

Jua. (*con una siniestra sonrisa.*) Estás loca!

Rosa. Quieres matarme, estoy bien segura; en tu lugar haria yo otro tanto!

Jua. Luego conoces que cometes un crimen?

Rosa. Salvo á mi hijo.

Jua. Perdiendo á mi hija.

Rosa. Cada uno trabaja por los suyos.

Jua. Lo tendré presente!

Rosa. Esperando, marcha.

Jua. (*desesperada.*) Qué haré, Dios mio, qué haré?

Rosa. (*designándola el cuarto de Platon.*) Resignarte, ó perderte.

Jua. (*doblando la cabeza.*) Obedezco. (Esperando.)

ESCENA IX.

Rosa, Arturo.

Art. (*entrando por el foro.*) Me habeis llamado, madre mia?

Rosa. Esto es hecho.

Art. Qué, el casamiento?

Rosa. Se hará.

Art. De veras? Me casaré con la hija del conde Rovenkine?

Rosa. La heredera, sí.

Art. No puedo creerlo!

Rosa. Te lo habia predicho, y te lo repito.

Art. Pero qué habeis hecho para obtener el consentimiento de la condesa?

Rosa. Ese es mi secreto.

Art. Me lo direis?

Rosa. Mas tarde, tal vez. Aléjate, que vienen.

Art. Creeis que aun quiero renegar de vos?

Rosa. Soy yo quien ahora te lo pide. Para obtener un buen éxito es preciso hacer que no nos conocemos.

Art. No habeis dicho la verdad á la condesa?

Rosa. Sí, pero los demás deben ignorarlo, y lo ignoran. Voy á esperar abajo el resultado de la entrevista. Vendrás á decírmelo. (*se va por el foro.*)

ESCENA X.

Arturo, Cecilia.

Cec. Ah! señor marqués, aun estais aquí?

Art. Es una reconvencion, señorita?

Cec. No, señor marqués, es una escusa.

Art. (Pues es peor!)

ESCENA XI.

Los mismos, Regis.

Reg. Buenos dias, señorita. (*Arturo lo saluda ceremoniosamente, y Regis devuelve el saludo con altanería.*)

Cec. (*á media voz.*) Regis, mi padre ha llegado.

Reg. (*con el mismo tono.*) Lo sé.

Cec. Ya?

Reg. Vuestra madre es tan buena!

Cec. (*con tristeza.*) Pero mi padre!..

Reg. Y bien?

Cec. Nada sé todavía de su carácter ni de su resolucion.

Reg. En cuanto á su resolucion, no puedo dudar de ella. Vuestra madre me ha dicho que era favorable, y vengo exprofeso á oirla de sus labios.

Cec. Ojalá, Regis, que no os equivoqueis!

Reg. Qué recelais?

Cec. Una desgracia.

Reg. Por qué?

Cec. No sé qué deciros, pero tengo tristes presentimientos.

ESCENA XII.

Los mismos, Smoloff.

Smo. Señorita, tengo el honor de felicitaros, al mismo tiempo que os ofrezco mis respetos.

Cec. Vuestras felicitaciones, señor baron?

Smo. Tan cordiales como sinceras. Pero aun hay aquí alguno á quien tambien debo felicitar. (*saluda á Regis, que pasa á darle la mano.*)

Art. (*adelantándose.*) Si os dignais, señor baron, admitir mis respetos?

Smo. Ah! que estais aquí, caballero de Laverdac! No me esperaba encontraros en este sitio.

Art. Y yo esperaba, señor baron, tener el honor de encontraros en él.

Smo. Luego estais citado?

Art. Por lo menos, me esperan.

Smo. Os felicito, porque es una prueba que os tratan como si fuerais de la familia.

ESCENA XIII.

Los mismos, Platon.

Pla. (*en traje de etiqueta.*) (He almorzado bien, me siento fuerte, y puede presentarme.)

Smo. (*yendo á su encuentro.*) Hace mucho tiempo, conde Platon, que no tenia el gusto de veros, y tengo una estraordinaria satisfaccion en encontraros bueno. Os habeis rejuvenecido!

Pla. Os burlais, baron.

Smo. No; teneis mejor semblante que nunca!

Pla. Es efecto de la dicha; es la alegría de verme entre mi muger y mi hija.

Reg. (Lo veis, Cecilia? Vuestro padre os adora.) *(Cecilia mueve tristemente la cabeza.)*

Pla. *(fijándose en Arturo.)* Ah! que estais aquí, señor marqués? No dudaba un momento de vuestra solicitud. *(le da la mano, y habla en voz baja con él.)*

Reg. *(á Platon.)* Señor conde, me permitis qué os pregunte por la señora condesa?

Pla. La condesa está en su lecho, enferma.

Cec. Mi madre! *(corriendo hácia la puerta derecha.)*

Pla. Quedaos, hija mia; vuestra madre descansa, y no puede ver á nadie.

Reg. Siento infinito, señor conde, el saber que la señora condesa está enferma.

Pla. *(que se ha acercado á Regís.)* Deseariais verla?

Reg. Contaba con ello.

Pla. Si teneis alguna cosa que decirme para ella, estoy á vuestras órdenes.

Reg. Esperaba que me dispensáse el honor de presentarme al señor conde.

Pla. Será en otra ocasion, si teneis gusto en ello, caballero.

Reg. Entretanto, me atreveré á pedir al señor baron Smoloff que me haga este favor.

Smo. *(tomando de la mano á Regís.)* Con toda el alma. Querido conde Platon, os presento, pues tiene necesidad de serlo, al señor conde Regís de Plougastel, persona, que me honro en contarlo en el número de mis amigos.

Pla. Y yo debo honrarme en conocer al señor conde.

Smo. Qué, no le conociais ni aun de nombre? *(en voz baja.)*

Pla. No.

Smo. Y conoceis al otro?

Pla. Quién? Al marqués de Laverdac?

Smo. Sí.

Pla. Como que es el que se casa con mi hija.

Smo., Reg. *y* **Cec.** El!

Cec. Os engañais, padre mio!

Pla. Silencio, señorita. Y tened entendido, que cuando habla vuestro padre, sabe lo que se dice. *(á Arturo.)* Marqués de Laverdac, vuestra mano; señores, os presento á mi yerno. *(Cecilia se apoya vacilando en el espaldar del canapé.)*

Reg. *(adelantándose hácia Platon.)* Señor conde!

Pla. *(con frialdad.)* Qué quereis?

Reg. La señora condesa me habia hecho esperar...

Pla. No sé, caballero, lo que mi muger os habrá hecho esperar; pero yo sé lo que quiero, y en mi casa mi voluntad es ley.

Reg. Con efecto, señor conde; vos sois el jefe de la familia, y no debo hacer otra cosa mas que retirarme. *(se va desesperado; Cecilia cae desplomada sobre una silla, cerca de la puerta del foro; Platon hace señas á Arturo para que venga á sentarse á su lado en el canapé.)*

Smo. (Incidente de todo punto inesperado, y muy curioso, sin embargo.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

La misma decoracion del acto anterior; bugías y candelabros encendidos. Son la ocho de la noche.

ESCENA PRIMERA.

Juana, Arturo.

Art. *(á Juana.)* Me habeis hecho llamar, señora condesa?

Jua. *(dejando sobre el canapé su chal y su sombrero.)* Sí señor, tengo que hablaros.

Art. Estoy á vuestras órdenes.

Jua. *(despues de hacerle señal para que se siente.)* Ya adivinareis de lo que se trata. *(se sienta á la derecha de la mesa.)*

Art. *(sentándose enfrente de Juana.)* De mi casamiento, sin duda!

Jua. Precisamente. Vos debeis conocer, como yo, la necesidad que tenemos de una esplicacion.

Art. Conozco, antes de todo, señora condesa, la necesidad que tengo de demostraros mi reconocimiento, por un favor... qué digo? por un beneficio que ha escedido á todas mis esperanzas.

Jua. Si este proyecto de union ha escedido todas vuestras esperanzas, debo confesaros, caballero, que destruye todas mis ideas. El acontecimiento ha sido tan inesperado para vos como para mí.

Art. Permitid, señora, deciros, que no os comprendo!

Jua. Supongo que no ignorareis de qué medio se han valido para obtener un resultado, que nos impresiona tanto á los dos, y que me entristece tanto como á vos os alegra.

Art. Fuera de mi dicha, no sé nada, señora.

Jua. Qué, vuestra madre no os ha puesto al corriente de nuestras situaciones respectivas?

Art. Me ha dicho que una antigua amistad os unia la una á la otra.

Jua. Y no os ha contado, la conversacion que hemos tenido?

Art. Me ha dicho, que os habia pedido, y que vos la habiais concedido para mí, la mano de vuestra hija.

Jua. Y eso es todo?

Art. Todo.

Jua. Entonces, me quedan muchas cosas que deciros. *(pausa.)* Empezaré por anunciaros que mi hija no os ama.

Art. Cómo se comprende, señora condesa, que hayais consentido en un casamiento, que destruia los sentimientos de vuestra hija?

Jua. Porque no era libre.

Art. Quién os obligaba á decir lo contrario de lo que pensabais? A obrar contra vuestra voluntad?

Jua. Circunstancias desgraciadas, que es inútil referiros si las conoceis, y que me seria muy penoso el revelároslas si las ignorais.

Art. No os pido vuestro secreto, señora.

Jua. Palabra es esa, que os agradezco, caballero. Con ella habeis disipado mi inquietud, y me habeis probado que puedo esperarlo todo de vuestra generosidad.

Art. Me conceptuaria muy dichoso, señora condesa, si pudiese demostraros todo mi reconocimiento.

Jua. Tengo que pediros un servicio inmenso.

Art. Tanto mejor, señora.

Jua. Devolvednos una promesa hecha con violencia.

Art. Cómo quereis que renuncie yo mismo, á una felicidad que deseaba, sin esperarla, y que la he obtenido sin pedirla?

Jua. Sois un hombre honrado, caballero, y no creo que querais casaros con una joven, sin su voluntad.

Art. Ciertamente, señora; y aun cuando quisiera, no podria. Sin voluntad no se contrae matrimonio; esa es la ley; y vuestra hija, para libertarse de un empeño que mira con odio, no tiene mas que pronunciar una palabra. Que en el momento supremo diga: No! y todo está concluido. El magistrado la protejerá, á falta de familia.

Jua. Pero y si pesára la misma fatalidad sobre la madre y sobre la hija? Vos no querreis abusar de una fatal situacion y ser cómplice de nuestra mala suerte?

ART. Antes de destruir con mis propias manos un porvenir tan brillante, el solo porvenir de mi vida, tendré al menos el derecho de preguntaros los motivos de vuestra resistencia y por qué debo desistir de él.
JUA. Y si yo rehusára el dároslos á conocer?
ART. Me permitiriais entonces obedecer á mis sentimientos; en vez de ceder á ideas, que no puedo apreciar.....
JUA. Y os casareis con una jóven que no os ama?
ART. Siento en mí bastante amor, para triunfar de su indiferencia.
JUA. Y si ella amase á otro?
ART. Creo á vuestra hija muy bien educada, para tener despues de casada otro amor que el de su marido.
JUA. (*con violencia, levantándose.*) Ah! se conoce que sois hijo de vuestra madre!
ART. (*con sangre fria.*) Sin duda, señora, como la señorita Cecilia hija de la suya.
JUA. Qué quiere usted decir, caballero?
ART. Lo mismo que vos, cuando no hago otra cosa que repetir vuestras palabras.
JUA. Vos lo sabeis todo.
ART. Qué?
JUA. (*conteniéndose.*) Nada.
ART. Eso es lo que yo he tenido el honor de deciros.
JUA. Caballero, juguemos á cartas vistas.
ART. Qué partida jugamos?
JUA. Una partida, en la que se encuentran empeñados, por ambas partes, la fortuna, el honor, y tal vez la vida.
ART. Por la segunda vez, señora condesa, dejo de comprenderos.
JUA. Conozco vuestra posicion, caballero.
ART. Es una ventaja que teneis sobre mí, pues me habeis dicho que yo no conozco la vuestra.
JUA. Pero conoceis al menos mi dinero, y esto es lo importante; cuánto quereis?
ART. En dote?
JUA. No, en indemnizacion de la dote.
ART. A quién creeis ver en mí?
JUA. A un hombre que tiene necesidad de dinero, y lo busca á todo precio.
ART. Os engañais, señora condesa. Soy un hombre honrado, que sobrepone el honor á la fortuna. Ni pido nada á nadie, ni aceptaria de nadie un dinero mal adquirido. Si me fuese preciso escojer entre la mano de vuestra hija ó su dote, preferiria su mano sin él.
JUA. Es que conoceis cuánto amo á mi hija, y comprendeis que aun cuando se casase con el último de los hombres, no la dejaria perecer en la miseria.
ART. Por injuriosas que sean vuestras suposiciones, por punzantes que sean vuestras palabras, las dejaré sin contestar. No quisiera, por nada en el mundo, faltaros al respeto, y os pido permiso para retirarme.
JUA. Caballero, os pido perdon del modo con que os he tratado, y que ya siento; que mi dolor sea parte á escusar mi injusticia.
ART. Gracias, señora.
JUA. Unicamente debí haber apelado á vuestra generosidad, y á ella me dirijo. Escuchad la voz de una muger que quiere siempre ser vuestra amiga; compadeced á una madre, que os suplica de rodillas deis la felicidad á su hija, devolviéndola su libertad. No me rehuseis esta gracia que os pido derramando lágrimas. En nombre del honor, en nombre de mi hija única, por la que os imploro, tened piedad de mi desesperacion, y podreis contar siempre con una amistad y un reconocimiento sin límites.
ART. Levantaos, señora. Me confundis; no es á vos á quien toca humillarse ante mí. Yo soy quien debe estar á vuestros piés. Levantaos, y permitidme terminar una entrevista tan penosa como inútil.
JUA. Inútil decis?
ART. Vos misma conoceis que no soy yo quien ha creado esta situacion, luego no me pertenece el cambiarla.
JUA. A quién, pues?
ART. A vos, ó á mi madre. Yo no he hecho sino aceptar con alegría, es cierto, la determinacion que habeis tomado juntas. Si os conviene á las dos adoptar una resolucion diferente, os prometo de antemano conformarme con ella. Me parece que es bastante para probaros mi deferencia y buena voluntad.
JUA (*con desprecio.*) Decididamente, no teneis corazon!
ART. Espero daros una prueba en contrario, haciendo dichosa á vuestra hija. (*saluda, y se va por el foro.*)

ESCENA II.

JUANA, CECILIA.

CEC. Y bien, madre mia!
JUA. (*abrazándo á Cecilia.*) Pobre hija mia!
CEC. Debemos perder toda esperanza?
JUA. Al menos, por esta parte.
CEC. (*con un grito de desesperacion.*) Ah! Regis!
JUA. Lo amas mucho?
CEC. Cien veces mas que á mí, y tanto como á tí!
JUA. Ahora?
CEC. Y siempre.
JUA. Quién puede responder del porvenir?
CEC. Mi corazon. No he amado mas que á Regis, y no amaré nunca mas que á él.
JUA. Y el otro?
CEC. La religion prohibe el odio, madre mia, y procuro no odiar á nadie!
JUA. Pero mas tarde, tal vez, si llegase á ser tu marido, (*movimiento de Cecilia.*) acaso tu indiferencia se cambiaria en cariño.
CEC. Cuando no lo amo ahora, que no me ha hecho mal alguno, cómo podré amarlo cuando haga la desgracia de toda mi vida?
JUA. De modo, que en ninguna circunstancia ni por ningun motivo, consentirás en darle tu mano?
CEC. De mi voluntad, nunca, ni por nada en el mundo. Pero debo obediencia á mi padre, y cualquiera que sea su voluntad, la cumpliré.
JUA. Pero sufrirás mucho?
CEC. Mucho, madre mia, pero no será mucho tiempo.
JUA. Te morirás?
CEC. Lo espero.
JUA. (*abrazándola.*) Hija mia! Pobre hija mia!
CEC. Tienes razon en llorar! Debes sufrir mucho al verme desgraciada!
JUA. Mucho sufro. No puedo soportar la idea de verte desventurada, y haré todo lo posible para sustraerte á ella.
CEC. Y qué harás?
JUA. Todo lo posible.
CEC. Cómo?
JUA. No me preguntes, y fiate de mí.
CEC. Como de Dios!
JUA. Un favor tengo que pedirte.
CEC. Un favor!
JUA. Prométeme, que suceda lo que quiera, que aunque te digan lo que quieran, cualquiera que sean las frases que me dirijan, cualesquiera que sean las acusaciones que fulminen contra mí...
CEC. Qué?
JUA. Nada.
CEC. Qué mal podrán decir de tí, que no sea una calumnia?
JUA. Supon sérias apariencias, pruebas convincentes; supon, en fin, la verdad, una terrible verdad!
CEC. Y bien?..

JUA. Prométeme no aborrecer, no despreciar nunca á tu madre!
CEC. Lo prometo sin temor, y sostendré mi palabra, sin hacer un mérito de ello.
JUA. Eres una hija buena y noble. (*abrazándola.*) Adios.
CEC. Adios, madre mia! Adios; tú eres mi providencia!

ESCENA III.

JUANA, *sola.*

JUA. (*toca en un timbre; el criado se presenta.*) Mi coche. (*se retira el criado; Juana se pone el sombrero y el chal.*) Estoy decidida, y me encuentro mas tranquila; no tengo mas que consultar á mi desesperacion. Quieren la guerra? La tendrán, pero terrible! Ellos creen buenos todos los medios para atacarme! Buenos serán todos los que yo emplee para defenderme y vengarme. (*sube hácia el foro y se encuentra á Regis en el dintel de la puerta.*)

ESCENA IV.

JUANA, REGIS.

REG. Os pido perdon, señora condesa, si os molesto.
JUA. (*quitándose el sombrero y el chal, que coloca en la consola de la izquierda.*) Al contrario; iba á vuestra casa.
REG. A mi casa?
JUA. Sí, señor conde; iba á anticipar la esplicacion que venis á pedirme.
REG. Habeis adivinado el motivo de mi visita?
JUA. No era cosa difícil. De repente, en el mismo momento en que menos debiais esperarlo, contra toda justicia, contra todo decoro, sin daros aviso, sin preparacion, sin motivo, han roto delante de vos un empeño sagrado; han desconocido vuestros derechos, y deshecho vuestras esperanzas; os han hecho, en una palabra, con el desaire mas grave, la injuria mas sangrienta é imprevista.
REG. Y sin embargo, señora, no vengo ni á vengarme ni á quejarme de ella. La palabra que me habeis dado, á nadie obligaba mas que á vos, y esto en los límites de vuestro poder. Conozco mejor que nadie, y lo he practicado siempre, el respeto á la autoridad paterna. El señor conde Rovenkine es el gefe de su familia, y solo debe dar cuenta á Dios del abuso de su autoridad. Nada me habia prometido; no me conoce; nada me debe. Lejos de mí dirigirle la mas pequeña queja. Ni tengo voluntad, ni derecho. El dolor no me hace injusto.
JUA. (Noble corazon! Bien hace Cecilia en amarlo!)
REG. Vengo solamente á preguntaros, señora, y os ruego encarecidamente que me respondais con toda sinceridad; vengo á preguntaros, repito, si he merecido por algo, si me he hecho merecedor, por alguna falta, de la reprobacion que me hiere.
JUA. Vos!
REG. O si solo debo atribuir mi desgracia al destino.
JUA. Ah!
REG. Hablad, señora; os suplico que hableis con franqueza. Se ha descubierto alguna mancha en mi vida? Tengo que echarme en cara alguna debilidad indigna del nombre que llevo, y que debia llevar vuestra hija?
JUA. Ni sé, ni pienso de vos mas que bien, señor conde.
REG. Luego puedo llevar el testimonio, que no he desmerecido ni para vos ni para mí?
JUA. Seguramente.
REG. Puedo, pues, estar en la creencia, que no he perdido nada en vuestra estimacion ni en la de vuestra hija?
JUA. En cuanto á buenos sentimientos, nada habeis perdido, señor conde.
REG. Gracias, señora, esto es cuanto deseaba saber. Parto con el corazon destrozado, pero con la conciencia tranquila. Creed que ni la soledad ni los años podrán amenguar en mí el reconocimiento para con vos, ni el cariño... (*sollozando.*) Adios, señora.
JUA. (*deteniéndolo.*) Quereis salvarnos?
REG. Salvaros?
JUA. Con peligro de la vida?
REG. A precio de mi vida, y moriré contento.
JUA. Conoceis á vuestro rival?
REG. El marqués de la Verdac?
JUA. El maqués de la Verdac es solo marqués del apellido de su madre, Rosa Marquís, natural de Laverdac, departamento de Livourne, actualmente vendedora de efectos de tocador, bajo los pórticos del Temple.
REG. Luego reniega su nombre, por usurpar un título?
JUA. Como reniega de su madre, para inventar unos abuelos.
REG. Y á un hombre semejante da el conde Rovenkine la mano de su hija?
JUA. El conde no estaba libre.
REG. Cómo?
JUA. Solo ha cedido á las amenazas.
REG. Y á qué amenazas puede ceder un hombre de corazon?
JUA. El infame ha encontrado, en su vergonzosa industria, el modo de perdernos.
REG. De qué industria quereis hablar, señora? Yo lo creia periodista.
JUA. Es periodista, poco mas ó menos, como es marqués; de contrabando. Vende palabras y fabrica noticias; anuncia y denuncia. Merced á relaciones desconocidas y sospechosas, ha descubierto un secreto terrible.
REG. Algun secreto político?
JUA. Justamente.
REG. Acaso una conspiracion?
JUA. Vos lo habeis dicho, una conspiracion descubierta en Rusia.
REG. Está bien, señora. Ya sé bastante. (*subiendo hácia el foro.*)
JUA. (*entreabriendo la puerta.*) Esperad! El llega con su madre.
REG. Su madre?
JUA. Una imprudencia puede perdernos.
REG. Tranquilizaos; nunca faltan pretestos.
JUA. Bien. (*se dirige con rapidez á la puerta derecha.*) Vos no me habeis visto.
REG. Está entendido. Os aguardo, así como al señor conde Rovenkine.
JUA. Voy á buscarlo.
REG. (*deteniéndola en el dintel de la puerta.*) Señora, no traigais á vuestra hija.
JUA. Perded cuidado. (*se va por la puerta derecha; Arturo entra por el foro. Los dos jóvenes se miden un momento con la vista, y concluyen por saludarse con frialdad. Rosa aparece en seguida con su caja debajo del brazo.*)

ESCENA V.

REGIS, ARTURO y ROSA.

ROSA. (*bajo á Arturo, que ojea un album en la mesa.*) El conde aquí! Algo se maquina contra nosotros.
ART. (*bajo á Rosa, sin volverse.*) Veremos.
ROSA. (*con inquietud.*) Preferiria mejor quedarme aquí sola para velar por nuestro negocio.
ART. Si me retirára ahora, seria señal que retrocedia delante de mi rival.
ROSA. Si te promueve una disputa?
ART. Tanto peor para él.

ROSA. (*con orgullo.*) No le temes?

ART. No temo á nadie, cuando estoy en mi derecho. Y tendré cuidado, si hay lugar á ello, de echar toda la culpa á mi adversario. (*durante esta escena, Régis ha estado sentado á la chimenea.*)

ESCENA VI.

Los mismos, SMOLOFF, *dos convidados. El criado los introduce y se retira, llevándose el sombrero y el chal de la Condesa, que están sobre la consola.*

SMO. (*dando la mano á Arturo.*) Ah! Marqués, os felicito por vuestra actividad. Conoceis el precio del tiempo, y no lo desperdiciais. Quién es esa muger?

ART. Esa muger?

ROSA. (*interponiéndose.*) Soy vendedora de novedades. Soy la que provee el ajuar de la novia, y me recomiendo al señor baron.... para cuando tenga necesidad de ello.

SMO. Qué, me conoceis?

ROSA. Si no conociese á un hombre tan nombrado como el señor baron, no sabria mi oficio á fondo. (*saluda y se retira.*)

SMO. La pícara tiene aplomo y sabe esplicarse. Y ha debido ser linda en otro tiempo! (*viendo á Régis, que lo saluda.*) Os pido mil perdones, señor conde; no os habia visto; y aun diré mas, que no esperaba tener el gusto de veros.

REG. Pues yo soy muy feliz al encontraros; tengo necesidad de un testigo.

ROSA. (*á media voz, en el foro.*) De un testigo?

SMO. Se trata de alguna provocacion? (*á media voz.*)

REG. Todo menos que eso. Es mi visita de despedida; y al partir, quiero dar las declaraciones mas satisfactorias para todos.

SMO. Tanto mejor. Soy amigo de la paz, por temperamento.

ART. (*bajo, á Rosa.*) Ya veis, madre mia, que no hay nada que temer, os podeis retirar tranquila.

ROSA. (*en el mismo tono.*) No me fio en las apariencias; quiero verlo y oirlo todo.

ESCENA VII.

Los mismos, PLATON *y* JUANA.

ROSA. (*á Juana, que entra dando el brazo á Platon.*) Señora condesa, he venido por lo del ajuar; puedo esperar?

JUA. (*con intencion.*) Sí, esperad.

REG. (*adelantándose á saludar á Platon.*) Señor conde, os pido disculpeis mi importunidad, pero no he querido dejar la Francia...

ROSA. (*con alegria.*) Se vá!

REG. Sin dar las gracias á la señora condesa Rovenkine por todas las bondades que me ha dispensado.

PLA. Agradecer, agradecer. (*va á sentarse junto á la chimenea.*)

JUA. Nada teneis que agradecerme, señor conde, por lo que he hecho, y yo debo pedir me disculpeis por lo que no he hecho por vos. (*se sienta cerca de la mesa á la derecha.*)

REG. De ningun modo, señora; nadie hay aquí que tenga quejas en contra mia; yo de nadie las tengo, y solo debo culpar á mi suerte fatal! (*se sienta al otro lado de la mesa.*)

ROSA. (Es todo un caballero.)

SMO. (*en pié, cerca de la chimenea, bajo á Platon.*) Es perder como un jugador generoso.

PLA. Perfecto caballero!

REG. Mi suerte contraria me ha colocado enfrente de un rival formidable, y yo debia sucumbir en lucha tan desigual.

ART. (*que hablaba con uno de los convidados.*) Es una burla, caballero?

REG. Bien al contrario, caballero marqués; es la justificacion de una verdad, desgraciadamente cierta para mí, y que vuestra modestia solamente podria poner en duda. Teneis por vuestra parte todas las superioridades del talento, del nacimiento y de la posicion.

ROSA. (Hablará formalmente?)

REG. Yo no sé mas que labrar la tierra, y la agricultura es oficio de campesinos. Vos, caballero, ejerceis una profesion de las mas considerables, y mas consideradas en nuestra época.

PLA. Y bien; no tomamos el thé? (*Juana toca en el timbre y aparece un criado.*) El thé, y no olvideis el Rom. (*El criado se retira. Los convidados del grupo de la derecha pasan á la izquierda.*)

ART. Deciais, caballero?

REG. Parece que la conversacion os interesa?

ART. Mucho; me parece que ibais á hablar de la literatura moderna.

REG. En efecto.

ART. Y se os puede preguntar lo que pensais de ella?

REG. Mucho, y bueno. No soy de esos espíritus ácres que se convierten, con provecho de lo pasado, en detractores de lo presente. A cada uno le toca su turno en la vida; á cada uno su parte de sol. Soy antes que todo el contemporáneo de mi siglo, y el compatriota de mi pais. Respeto á las glorias de nuestros abuelos! Buen ánimo á los hombres de buena voluntad! Que se siga la opinion de Descartes, Molier, Corneille ó la de Bossuet, y aun la de Voltaire; todo es bueno, con tal que se continúen las grandes tradiciones de nuestra historia; con tal que se sostenga el rango de la Francia en el concilio de las naciones. (*se levanta á las últimas palabras.*)

ART. (*levantándose.*) Un jornalero no se hubiese atrevido á decir tanto, ni tan bien espresado. Debe ser muy feliz el que escriba como vos hablais.

REG. (*sentándose.*) Los entusiasmos sinceros, son á veces elocuentes sin saberlo.

SMO. (*á Platon.*) Bien parado, y bien contestado!

PLA. (*á media voz.*) Sí. No comprendo muy bien.

ROSA. (Dónde querrá ir á parar?) (*el criado entra con una bandeja de plata, en la que hay un thé completo, que coloca encima de la mesa.*)

SMO. Ya veo, señor conde, que sois fanático por la gloria literaria?

REG. Oh! mi admiracion no llega á cegarme hasta el punto de no conocer las funciones de las personas que la ejercen. Ahora, como entonces, es necesario escojer; hay nombres de letras y hombres de letras.

ART. Justo; como hay fagó y fagotes. (*se vuelve á sentar sobre el canapé.*)

REG. Sí; por una parte la leña seca, buena y franca, que arde alegremente en el hogar; con su llama generosa da luz á la noche y calor en el invierno; por otra, la mala leña, la leña húmeda y nudosa, que no espide mas que humo, y no sé qué líquido impuro que se parece al veneno. Hay el escritor leal, que enseña con su palabra, y nos da ejemplo con su vida, y que como buen soldado combate, y muere abrazado á su bandera. Hay otro, el aventurero de pluma. Este escribe al azar, y bajo la influencia de sus pasiones. Tiene por Dios el oro, y por musa la envidia. La primera y mas noble de las artes se convierte en sus manos en el mas vil de los oficios. Ultimo bastardo, de aquellos insultadores de la antigua Roma, persigue del mismo modo al triunfante en su carro, que al luchador que sucumbe en la arena. Para consolarse de su oscuridad, le gusta enlodar la

gloria; se venga de su abnegacion, aplastando al heroismo caido. Proveedor constante de curiosidades depravadas, tiene establecimiento de difamacion, y sobre la via pública, vende el escándalo á tanto el número. Os gusta la maledicencia? Vedla aquí. Preferis la calumnia? La tengo tambien. El talento del artista, la fortuna del financiero, la generosa utópia del pensador, el honor de los hombres, el pudor de las mujeres, todo sirve de alimento á los apetitos devoradores de su insaciable sed de oro y riquezas. Desengañaos, señores, es preciso pagarles el tributo bajo pena de muerte! Emboscados detrás de las columnas de una gacetilla, nuestro hombre acecha las reputaciones al pasar, y pluma en mano, y el sombrero en tierra, grita al asustado viajero: La bolsa, ó la vida! (*movimiento general. Juana, profundamente conmovida, presenta con la mano izquierda una taza de thé que nadie espera.*)

ROSA. (*tomando la taza.*) Con vuestro permiso, señora condesa. (*dándosela á Arturo.*) (Te insulta!)

ART. (*bajo á Rosa.*) (Incomodarme seria darme á conocer, calmaos.)

SMO. (*bajo á Platon, que viene á tomar una taza de thé y el frasco del rom.*) (Las cartas empiezan á embrollarse.)

PLA. Una partida de whist? (*se vuelve á la chimenea.*)

REG. (*á Arturo, viniendo á tomar una taza de thé.*) Qué decís, señor marqués?

ART. Que no adulais en vuestros retratos.

REG. Pero son parecidos.

ART. Y á quién se parecen?

REG. No reconoceis en ellos á ninguna persona?

ART. (*levantándose.*) No; y vos?

REG. Direis que es amor propio de autor, pero reconozco fácilmente en ellos á los que he querido pintar.

ART. Nombradlos.

REG. Eso es lo difícil.

ART. Por qué?

REG. Porque para nombrar á un hombre, es preciso saber su nombre; y para saberlo, es preciso que tenga uno. (*Arturo, próximo á estallar, es detenido por Rosa, que le toma la taza de la mano.*)

SMO. (*á media voz á Platon.*) (Un balazo enmedio del pecho.)

PLA. (*volviéndose á Smoloff.*) De qué hablabais, baron, del sitio de Sebastopol?

ROSA. (Interven, ya ves que suscita una disputa.) (*al oido á Juana.*)

JUA. (*impasible, y bajo á Rosa.*) (Nada puedo hacer.)

ROSA. (No puedes protejer á tu yerno?)

JUA. (Ni tú á tu hijo? Interven tú.)

ROSA. (Qué quieres que diga? Qué quieres que haga?)

JUA. (Y yo? No tengo poder ninguno sobre ese jóven, no siendo nada mio.)

ROSA. (Pero esta situacion es horrorosa!)

JUA. (Tal como tú la has creado!)

REG. Yo puedo hablar aquí, señores, á mi placer, sin chocar á nadie. Los Rovenkine han dado muchos hetmans en las antiguas guerras de Ukrania.

PLA. (*levantándose con orgullo, á Régis.*) Cinco hetmens.

REG. Basilio Smoloff, combatia al lado de Ivan el terrible, en el sitio de Kazan. (*Smoloff se inclina silenciosamente.*) Entre los ricos-hombres y caballeros que acompañaron á Raimundo de Tolosa á la Tierra Santa, figura gloriosamente un señor de Laverdac, el cual subió de los primeros al asalto de Jerusalem. (*á Arturo.*) Supongo que de él será descendiente el señor marqués.

ART. Sois demasiado instruido, señor conde, para que yo tenga que enseñaros nada; al menos, en cuanto á genealogía.

REG. Luego todos cuantos estamos presentes, no tenemos que hacer sino mantener, ya que no podemos engrandecerlo, el honor de los grandes nombres que nos han legado nuestros abuelos. Pero, por mi parte, y no dudo que todos pensarán como yo, aun cuando el destino me hubiese sido tan contrario, como se muestra desfavorable; aun cuando hubiese nacido en las filas mas oscuras de la sociedad, me parece que nunca hubiera renegado mi orígen, por humilde que fuese, ni vuelto la vista á la cuna donde me habia mecido mi madre. El nombre de mis padres hubiera sido sagrado para mí! Si honrado, lo hubiese honrado mas; si infame, hubiera procurado rehabilitarlo. Pero hay hombres superiores, cuya alma se sobrepone á estas vulgaridades. Se deshacen de sus familias como de una herencia incómoda, y se fabrican un nombre en vez de conquistárselo. Se toma un título, no importa dónde, en la historia ó en la geografia; no hay mas que escoger; y completado el disfraz, se pasean en el mundo, como enmedio de un carnaval.

ROSA. (*con una esplosion de cólera, lanzándose sobre Regis.*) Caballero, eso es demasiado.

REG. (*con desden glacial.*) Por qué se mezcla esta muger? Os habeis equivocado de puerta; esta no es la antesala.

ART. (*lanzándose á Regis.*) Callad, caballero, callad!

REG. (*con frialdad.*) Y por qué?

ART. (*señalando á Rosa, que ha bajado á la izquierda.*) Insultais á mi madre!

REG. Vamos, al fin habeis comprendido!..

ART. (*como herido por un rayo.*) Sí, caballero, comprendo al fin, gracias á vos, la enormidad de mi falta, y por dura que sea la leccion, os la agradezco. En vez de confesar públicamente, en lugar de proclamar como una gloria esta maternidad sublime que se engrandecia á fuerza de sacrificios, miserable apóstata de familia, he renegado de ella, como si me causára vergüenza! Oh, madre mia! Os pido perdon!

ROSA. (*abrazándolo.*) Arturo! Hijo mio! Pero qué, yo te dejo hacer, y tú te humillas delante de esta gente?

ART. No, madre mia, no me humillo, me levanto!

REG. Teneis razon, caballero, y ahora os estimo para poder cruzar mi espada con vos. (*le da la mano.*)

ART. (*apretándosela.*) Gracias, caballero.

ROSA. Batirse! Van á batirse? (*movimiento de todos; Juana los contiene con una mirada.*)

ART. Silencio, madre mia! Dejadme salvar lo que me resta de honor. (*yendo hácia Regis que está en el proscenio.*) Caballero, me habeis herido mortalmente en mi amor, en mis esperanzas, en mi orgullo, en mi madre! Sobre vos llevais la responsabilidad de una vida que se derrumba. Poco me importa caer, con tal que os aplaste en mi caida! Tengo la tranquilidad de un hombre que busca, no el vivir, sino matar, y cualquiera que sea el éxito del combate, siempre ganaré algo; ó vuestra muerte ó la mia! Entre tanto, si gustais, estoy á vuestras órdenes, señor conde.

REG. Muy bien, caballero; mi amor está al nivel de vuestro odio. Vamos. (*va hácia la puerta del foro.*)

ROSA. (*deteniendo por el brazo á Arturo.*) No, yo no quiero.

ART. Es preciso.

ROSA. Quédate aquí, Arturo; te lo suplico; quédate al lado de tu madre.

ART. (*desasiéndose.*) No me detengais, madre mia, que me perdeis.

ROSA. Cuando acabo de encontrarte, no me abandones; Arturo mio, por piedad!

ART. (*arrancándose de sus brazos.*) Adios!

ROSA. (*sofocada por el dolor.*) Hijo mio! Hijo mio! (*cae desmayada sobre el canapé; Arturo y Regis salen por el foro seguidos de Smoloff y los convidados.*)

ESCENA VIII.

Juana, Rosa, Platon, *sentado á la chimenea, en una butaca, que lo oculta enteramente.*

Rosa. (*ajitándose convulsivamente y con la voz sofocada.*) Ah! Dios mio! (*abre poco á poco los ojos y dirige alrededor del salon miradas estraviadas; despues dice con voz desgarradora.*) Han partido!
Jua. Sí. (*con calma glacial.*)
Rosa. Para batirse?
Jua. Si.
Rosa. Pero van á matar á mi hijo?
Jua. Lo espero.
Rosa. Ten piedad de mí, Juana!
Jua. Como tú la has tenido de mí!
Rosa. Te pido perdon.
Jua. Es tarde.
Rosa. No, aun es temprano. Escucha.
Jua. Dí.
Rosa. Evita este duelo, y haré lo que quieras.
Jua. Es preciso renunciar á este casamiento; alejarte con tu hijo y guardarme el secreto.
Rosa. Consiento en todo.
Jua. Júralo.
Rosa. Por la vida de mi hijo.
Jua. Probaré.
Rosa. Apresúrate, porque si muere, ten entendido que lo vengaré.
Jua. Démonos prisa; va en ello la felicidad de mi hija!
Rosa. Y la vida de mi hijo!

ESCENA IX.

Platon, *solo; el reló da las doce; Platon se levanta con lentitud, se frota los ojos, mira el salon vacío, y el reló que suena; consulta el suyo.*

Pla. Las doce, me voy al lecho. (*toma el frasco del rom que está sobre la chimenea, y se va á su habitacion.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

La misma decoracion del primer acto.—Las nueve de la mañana.

ESCENA PRIMERA.

Platon, *el* Criado.

Pla. (*á paso de lobo, entra por la puerta secreta de la izquierda, en traje de mañana, con babuchas y bata, y mira por todos lados. El criado entra detrás de él, y se detiene en el dintel.*) La condesa, no ha vuelto?
Criado. He tenido el honor de decir al señor conde, que la señora condesa habia vuelto á las cuatro de la mañana.
Pla. Pero salió despues?
Criado. Antes de ser de dia, señor conde.
Pla. Ir dónde?
Criado. La señora condesa dió órden al cochero de conducirla al bosque.
Pla. Qué bosque?
Criado. En París, cuando se dice el bosque, se quiere decir el bosque de Bolonia.
Pla. Lejos?
Criado. Una legua.
Pla. Grande?
Criado. Muy grande, señor conde, y muy bonito. Hay un lago natural, alimentado por una máquina, con peces rojos, educados en el colegio de Francia.
Pla. Peces bien educados?
Criado. Perfectamente, señor conde; saben...
Pla. Charlatan, haz que venga el repostero.
Criado. (Este hombre es un cosaco!) Voy, señor conde. (*se va.*)
Pla. (*sentándose á caballo en una silla.*) Qué tomaria yo?

ESCENA II.

Platon, *el* Repostero.

Rep. Su escelencia me ha hecho el honor de llamar?
Pla. Sí; juntos... estudiar... vinos de Francia?
Rep. V. E. no ha podido dirigirse á otra persona mejor que á mí. Tenemos la mejor bodega de París, todos de primera calidad y de muchos años.
Pla. Naturales?
Rep. V. E. se burla; aqui recibimos solo lores ingleses y príncipes rusos; lo mejor de la nobleza europea.
Pla. Francés... Todos lo mismo!
Rep. (*sonriendo agradablemente.*) Je! Je! Je!
Pla. (*deteniéndolo con una mirada severa.*) Tranquilo! Cuáles son los mejores?
Rep. Todos. El Champagne, sobre todo.
Pla. (*con melancolía.*) Grandes vinos!.. Botellas pequeñas.
Rep. (*con dignidad.*) Señor conde, el néctar no se despacha por litros.
Pla. (*imponiéndole silencio.*) Reflexionar... Ningun vino tinto en ayunas... Tráeme Silery, Ermitage blanco, Coñac, Champagne y algun otro bueno.
Rep. (*yéndose.*) Al instante, señor conde.
Pla. Mozo, en lugar de una botella, traer dos de cada uno.
Rep. Vuelvo en seguida. (*se va por la derecha.*)
Pla. (*sentándose á la derecha, y frotándose las manos con alegría.*) Una hora de buen tiempo! (*Cecilia entra por la puerta principal de la izquierda, pálida, fatigada y desesperada.*)

ESCENA III.

Platon, Cecilia.

Cec. Oh! padre mio, sostenedme!
Pla. (*con frialdad.*) Qué teneis?
Cec. Yo sucumbo!
Pla. Enferma?.. Llamar doncella; ir á la cama, ir á la cama.
Cec. El temor y la desesperacion me tienen loca.
Pla. Por qué?
Cec. Tal vez muere él en este momento.
Pla. Quién?
Cec. No me lo oculteis, padre mio, porque es inútil; lo sé todo.
Pla. Saber, qué?
Ceci. Todo lo he oido; esa horrorosa disputa, ese desafio, esas amenazas de muerte; todo. Hubiera querido lanzarme entre los dos para separarlos; pero la voz y la fuerza me faltaron, y caí sin conocimiento. Y cuando volví en mí... Ah! qué noche!
Plat. Escuchar á las puertas... consecuencia.
Ceci. Perdonadme, padre mio! Se trataba de mi felicidad, de su vida, que es la mia.
Plat. Palabras inconvenientes; retiraos. (*Levantándose y pasando á la izquierda.*)
Ceci. Qué, nada podeis, padre mio? Nada para sostenerme? Nada para consolarme?
Plat. Nada!... Débil mortal! Pobre pecador! Implorar la Providencia en vuestro cuarto... Id, id, señorita... contrariar no á vuestro padre. (*Pasa á la derecha.*)
Ceci. Ah! si al menos mi madre estuviese aquí?
Plat. Ni un momento tranquilo! (*El repostero se presen-*

ta con una bandeja llena de botellas, y Platon le va al encuentro, encontrándose de frente con Juana, que entra detrás del repostero, y se queda un momento pensativa. Pero está absorta en sus ideas, deja su chal y su sombrero, sin tener en cuenta lo que pasa alrededor. Platon aprovecha este momento, y entra en su cuarto con el repostero, cubriéndole en lo posible con su bata.) Condesa, todo lo posible por consolar á vuestra hija... pero no escuchar razon.

ESCENA IV.

JUANA, CECILIA.

CECI. Y bien, madre mia, qué noticias traeis?

JUANA. Nada! (*Va á sentarse en el canapé de la derecha.*)

CECI. Nada? Es imposible! Tú quieres ocultarme alguna desgracia! Y con qué objeto, si al fin lo he de saber? Mejor es que me lo digas al momento; te prometo que tendré valor. Pero habla, mamá, habla, te lo suplico; no me dejes en esta horrorosa incertidumbre!

JUANA. Nada sé; nada, hija mia. He ido á su casa, á la del otro, al bosque de Bolonia, al campo de Marte, á Vincennes; á Monmartre, á todos los sitios donde creí encontrarlos; he preguntado á la policia, á los que pasaban, á los cocheros, á todo el mundo; nadie los ha visto, y nada he podido saber.

CECI. Qué haremos, mamá, qué haremos?

JUANA. Esperar orando!

CECI. Dios mio, tomad mi vida, pero conservad la suya!

ESCENA V.

LAS MISMAS Y REGIS.

REGIS. (*Con un brazo en un cabestrillo.*) Cecilia!

CECI. (*Yendo hácia Regis.*) Regis! Estais herido?

REGIS. No es nada.

JUANA. Y él?

REGIS. (*Con gravedad dolorosa.*) Lo han llevado á su casa.

JUANA. Herido!... De gravedad?

REGIS. Es horrible pensar que se ha dado muerte á un hombre!

JUANA. Muerto!

REGIS. Debia defender á un tiempo, ya lo sabeis, señora, mi amor, y vuestra libertad.

JUANA. (*Con voz concentrada.*) Ellos lo han querido! Ahora es preciso partir.

REGIS. Partir?

JUANA. Sin perder un momento.

REGIS. Por qué?

JUANA. Para evitar las consecuencias del desafio.

REGIS. Nunca he retrocedido delante de mis actos. Este duelo desgraciado, sabeis que era preciso, y no tengo que aseguraros que ha sido leal!

JUANA. Ya sé, señor Conde, que nada teneis que temer de la justicia, ni de la opinion pública; pero me parece que vuestra delicadeza se ofenderia, de un matrimonio celebrado aquí, y en las actuales circunstancias.

REGIS. Teneis razon, señora Condesa, y estoy á vuestras órdenes.

JUANA. Muy bien. (*Regis habla en voz baja con Cecilia, Juana hace sonar el timbre.*) (Yo escaparé de ella!) (*al criado que se presenta.*) Marchamos dentro de dos horas; entre tanto no estoy visible para nadie, entendeis? Para nadie. (*En tanto que el criado recibe las órdenes de Juana, Rosa entra por detrás de él, pálida, abatida, los brazos caidos, la mirada estraviada, sin ver nada, sin escuchar nada. El criado, al verla, se adelanta para hacerla salir, pero se detiene á un gesto imperioso de Regis.*)

ESCENA VI.

LOS MISMOS, ROSA.

JUANA. (*Viendo á Rosa.*) Todo se ha perdido! (*Rosa pasea lentamente su mirada por la sala; mira á Cecilia con tristeza, á Juana con rabia concentrada, á Regis con un espanto mezclado de horror; despues se sienta en e canapé, se oculta la cara entre sus manos, y empieza á sollozar. Pausa larga; al fin con voz sorda y entrecortada, empieza á hablar.*)

ROSA. Habia empleado veinte años en educarlo; durante diez he llorado su ausencia, y esperado su vuelta; lo habia encontrado ayer, mas amante, mas amado que nunca, y en un momento lo he perdido para siempre. Lo he visto sobre su lecho, pálido, ensangrentado, desfigurado. He tocado con el dedo la herida que la espada habia abierto en su pecho; sentí correr su sangre por mis manos; todavia las tengo manchadas! (*Cubre sus manos de besos frenéticos, y se detiene un momento sofocada por la emocion.*) Debo perder toda esperanza? Pregunto temblando al doctor, el cual ha vuelto la cabeza, y el pobre hijo mio me ha señalado con la mano el cielo! Pues que no puedo salvarte, grité loca de dolor y de rabia, al menos te vengaré.

JUANA. Retirate, Cecilia! Retiraos, señor Conde, yo os lo suplico. (*váse Cecilia*)

REGIS. Qué temeis, señora? Es tan desgraciada! Dejémosla quejarse!

ROSA. (*Continuando sin haber escuchado nada.*) Ha vuelto la cabeza hácia mi, y me ha respondido con voz débil y tierna. Nada de venganza, madre! Dejadlo á la justicia de Dios, que todo lo puede y lo sabe! Nosotros, miserables criaturas, pensemos solo en la indulgencia y el arrepentimiento. Id y decid á mi adversario, que lo perdono; á la Condesa, que la pido perdon del disgusto que la he causado; y á Cecilia que la suplico ruegue por mí, porque Dios escucha las súplicas de los ángeles. Me ha mirado sonriendo, y... he quedado sola en el mundo! (*con el mayor dolor.*)

REGIS. (*á media voz.*) Pobre mujer! (*En este momento la voz de Platon que canta á gritos en el cuarto de la izquierda.*)

ROSA. Quién canta?

JUANA. No lo sé. (*con despecho.*)

ROSA. Ah! en otro tiempo, he cantado cuando otras lloraban. (*una pausa, y se oye de nuevo cantar á Platon; Juana entra precipitadamente en el cuarto de la izquierda; Rosa á Cecilia.*) Señorita, no es cierto que quereis rezar por él?

CECI. (*acercándose á Rosa.*) Ah! señora, con todo mi corazon!

ROSA. Sois una buena niña! Gracias! Ninguna culpa teneis en lo que ha sucedido... Voy á rogar por vuestra felicidad, y espero que Dios me oiga; dicen que acoge con piedad á los que se arrepienten, y yo quiero hacer penitencia para salvar el alma de mi hijo... Quereis darme un abrazo, hija mia? Oh! no os avergonceis de mí; voy á entrar en las hermanas de la caridad. (*Abraza á Cecilia.*) Vuestra madre es muy feliz! (*Cecilia sale acompañando á Rosa. Regis, conmovido, va á sentarse en la media rotonda. Se oye ruido de cristales rotos en el cuarto de la izquierda, y se vé salir á Platon medio borracho, con una botella en la mano, y un vaso en la otra, y á Juana que hace esfuerzos inútiles para detenerlo.*)

ESCENA VII.

REGIS *en el foro;* JUANA, PLATON.

PLA. (*colérico.*) No me desespereis, por todos los demo-

nios! (*con calma afectada.*) Os dejo vivir como querais, dejadme vivir á mi gusto! Os he dado mi nombre; pero no os he vendido mi libertad. (*Juana, al ver á Regis que se levanta, agarra por el brazo á Platon, y le dice en voz baja, y amenazadora.*)

JUANA. Tened cuidado con vos, Conde Rovenkine!

PLA. Yo cumplo honradamente las condiciones de la venta; estaré con circunspeccion delante de las gentes: pero quiero cantar y beber en mi casa, solo. No incomodo á nadie; soy un hombre libre.

JUANA. Por respeto y lástima de vuestra hija!

PLA. Quién es mi hija? Cecilia? Gracias por el honor que me dispensais; me tomais por el príncipe Boris?

REGIS. (*con voz atronadora.*) Y para esto me han hecho matar un hombre!

PLA. (*con asombro mezclado de admiracion.*) Vos haber muerto un hombre? Qué gracioso! (*se sienta al lado del velador, coloca sobre él la botella y el vaso, y continúa bebiendo con la mayor tranquilidad.*)

JUANA. Dios mio! En qué abismo he caido! (*Regis, despues de un momento de postracion, va precipitadamente á tomar su sombrero.*) Partis?

REGIS. Nada tengo que hacer en este sitio.

JUANA. Ni nada qué decir?

REGIS. (*alejándose.*) Nada.

JUANA. Ni una palabra para ella?

REGIS. Una sola, adios!

JUANA. No la amais?

REGIS. Sí; como á una muerta.

JUANA. Pero ella no tiene culpa...! (*con dolor.*)

REGIS. Y yo?

JUANA. Entonces, por qué castigaros los dos, de un crimen que no habeis cometido ni el uno ni el otro?

REGIS. Desgraciado el hijo que siembra la deshonra sobre el sepulcro de sus padres! Yo quiero, en el dia de la muerte, presentarme delante de los mios, con la conciencia tranquila, y la frente descubierta. Arruinado y desesperado, poco me importa; pero podré contestar á toda esa línea de nobles y valientes caballeros, el grito de la Francia vencida: Todo se ha perdido, escepto el honor!

PLA. (*para sí mismo.*) Todo se ha perdido, escepto el honor!

JUANA. Bien, caballero! Herid, abrumad con vuestra indignacion á la mujer desgraciada que tiembla y llora á vuestros piés; quejas, desprecios, todo lo merezco y lo acepto. Solo podré defenderme con mi arrepentimiento. Pero ella! Mi hija adorada, compadecedla! Por piedad, por justicia, por vos mismo, no la rechaceis; ella es inocente, y os ama.

REGIS. (*llorando.*) Y yo!

PLA. (*haciendo un esfuerzo de inteligencia.*) Ahora empiezo á comprender! Este caballero ser el que debia casarse.... pero y el otro?

JUANA. (*con voz concentrada.*) Ha muerto!

PLA. (*con asombro.*) Ya! Entonces todo puede arreglarse! (*movimiento de Regis.*) Se empieza á decir esas cosas para tranquilizar la conciencia; vá! pero al fin se concluye casándose con una jóven que tiene dos millones!

REGIS. (*con indignacion.*) Caballero, os engañais, yo no vendo mis abuelos!

PLA. (*á media voz.*) Yo no vendo mis abuelos! (*Se sienta, levanta el vaso con mano convulsa, y lo coloca sobre la mesa sin beber. Cecilia entra por la derecha, y se detiene sorprendida por las últimas palabras de Regis.*)

ESCENA VIII.

Los mismos, CECILIA.

CECI. (*colocándose entre Juana y Regis, interrogándolos con la mirada.*) Regis, qué queriais decir?

REGIS. (*con sorpresa y sentimiento.*) Cecilia! (*haciendo un esfuerzo.*) Adios!

CECI. (*estupefacta.*) Adios!

REGIS. Para siempre.

CECI. Me dejais?

REGIS. Con la muerte en el alma.

CECI. Me dejais, Regis? Vos! Y en la víspera de unirnos para siempre!

REGIS. Es preciso; el honor lo quiere.

CECI. Qué he hecho yo?

REGIS. Vos, querida mia? Vos poseis todas las virtudes, y sois digna de la mayor consideracion.

CECI. Entonces, por qué este abandono, tan cruel y tan imprevisto?

REGIS. (*con voz sofocada.*) Preguntadlo á vuestra madre! (*se va por la derecha.*)

ESCENA IX.

Los mismos, menos REGIS.

Cecilia se adelanta á pasos lentos hácia su madre.

JUANA. No me preguntes, hija mia! No me preguntes, por piedad! (*Cecilia lleva las manos primero á su corazon y luego á la cabeza, y cae desmayada en el canapé.*) Oh! hija mia!

PLA. Todo se ha perdido escepto el honor! Yo no vendo mis abuelos! (*vacia su vaso de un trago, y se queda como abstraido.*)

JUANA. (*arrodillada al lado de su hija.*) Estoy bien castigada, Dios mio!

ESCENA X.

Los mismos, UN CRIADO.

JUANA. Qué quereis? No he llamado.

CRIADO. (*presentando una carta sobre una bandeja de plata.*) Perdonad, señora Condesa; es una carta urgente de la embajada.

PLA. De la embajada!

JUANA. Dadme. Salid. (*el criado se vá.*)

ESCENA XI.

CECILIA, JUANA, PLATON.

CECI. (*á su madre que le abraza.*) Qué hay?

JUANA. Nada, hija mia; una carta.

CECI. (*haciendo un esfuerzo.*) Puedes leer, me encuentro tranquila.

JUA. (*leyendo.*) «Señora Condesa; siento en el alma daros parte de las tristes noticias que en este momento recibo de San Petersburgo. He creido un deber informar de ellas al conde Plougastel, pues tal vez le harian modificar sus resoluciones. Comprometido en una especulacion administrativa, de esas que el Czar no perdona, el príncipe Boris ha sido privado de sus funciones, honores y dignidades, y enviado como simple soldado al ejército del Cáucaso. Todos sus bienes han sido confiscados para compensar las pérdidas del tesoro; vuestra fortuna se encuentra desgraciadamente envuelta en este gran desastre. Los dos millones que le habiais confiado para manejarlos, han sido considerados como de su propiedad personal, y el fisco imperial se ha apoderado de ellos.» (*Deja caer la carta; Platon la recoje, y la vuelve á leer.*) Todos los golpes á la vez! Oh! pobre Cecilia mia! (*Besándola.*)

CECI. Qué, madre mia?

JUANA. No has oido?

CECI. No; qué pasa?

JUANA. Arruinadas, perdidas! Sin apoyo, sin amigos, sin recursos.

CECI. Y qué importa?
PLA. (*Que se coloca entre las dos.*) Y á mí, no me contais por nada? Querida condesa, no soy vuestro marido legal, y el padre reconocido de esta señorita? La familia es una gran cosa; aunque todo nos falte, de mal ó buen grado, nos queda ella. No teneis amigos ni recursos? Pues bien, vedme, en mí lo teneis todo, y pronto á daros la felicidad que mereceis; es decir, á devolveros lo que me habeis dado. Despachaos; haced los cofres.
JUANA. Dónde quereis conducirnos?
PLA. Dónde? A Ucrania, á nuestra casa.
JUANA. Y para qué?
PLA. Para hacer mi voluntad. Hace ya mucho tiempo que no tenia ese placer. Sangre de mis abuelos! Cuando pienso en ello! Diez años hace que yo, el descendiente de los Hetmans de Ucrania, yo el último descendiente de los grandes gefes Zaporogos, soy el esclavo, el juguete de una aventurera francesa!
CECI. Ah! madre mia!
JUANA. Caballero!
PLA. (*con violencia.*) Callad. Ahora solo os toca obedecer y temblar! Ya no contais con aquel poderoso protector para doblegarme á la insolencia de vuestros caprichos! Antes de enviarme á Siberia mi príncipe, necesita volver del Cáucaso, y hay mucha distancia para un soldado que viaja á pié. Tal vez morirá pronto; en tanto, vosotras vivireis mucho, lo espero, bajo esta mano llena de venganza. (*Se adelanta hácia las dos que pasan á la derecha*)
JUANA. Vengaros? Y de qué? Acaso de mis beneficios?
PLA. De mis vergüenzas y sonrojos!
JUANA. Y por qué los aceptasteis?
PLA. Para devolverlos, y cuento con pagar mi deuda centuplicada! Ah! señora, os aborrezco, y os lo probaré; queriendo haceros mi mujer, han hecho de mi vuestro señor y dueño. Servidme, Juana Lambert. Estamos arruinados, y no puedo pagar los criados; arreglad los cofres, quiero partir.

ESCENA XII.

Los mismos, REGIS.

CECI. (*cayendo de rodillas delante de Platon.*) Tened piedad de mi madre!
PLA. Guardad la piedad para vos misma, porque tendreis necesidad de ella. Vos me perteneceis tambien, hasta que os entregue al último de mis campesinos.
JUANA. Haced de mí lo que querais, pero no toqueis á mí hija!
PLA. Y quién podrá impedirme hacer mi voluntad?
REGIS. (*bajando.*) Yo, caballero.
PLA. Vos? No reconozco en un estraño el derecho de intervenir entre mi hija y yo.
REGIS. (*con desden.*) Vuestra hija! (*á Cecilia.*) Quereis ser mi esposa?
CECI. (*con alegria estrema.*) Yo, vuestra esposa, Regis?
REGIS. (*deteniendo á Platon que se adelanta hácia Cecilia.*) Vos la habeis renegado; yo la reclamo y la adopto.
CECI. Pero hace un momento...
REGIS. Erais rica!
CECI. Qué feliz soy con ser pobre!
REGIS. Me seguireis á América?
CECI. A todas partes.
PLA. Buen viaje. (*va á sentarse en el sofá.*)
CECI. Y mi madre?
JUANA. No te inquietes por mí; Dios acaba de perdonarme en la mejor parte de mí misma; me queda por merecer tu dicha y tu perdon. Ni una palabra mas, hija mia. (*Volviéndose à Platon.*) Volvamos á Rusia cuando querais, señor Conde; estoy pronta á sufrir mi espiacion.

FIN DE LA COMEDIA.

MADRID.
Imprenta de D. ANSELMO SANTA COLOMA,
Dos Hermanas, 19, bajo.

1861.

Ceci. Y qué importa?

Pla. (*Que se coloca entre las dos.*) Y á mí, no me contais por nada? Querida condesa, no soy vuestro marido legal, y el padre reconocido de esta señorita? La familia es una gran cosa; aunque todo nos falte, de mal ó buen grado, nos queda ella. No teneis amigos ni recursos? Pues bien, vedme, en mí lo teneis todo, y pronto á daros la felicidad que mereceis; es decir, á devolveros lo que me habeis dado. Despachaos; haced los cofres.

Juana. Dónde quereis conducirnos?

Pla. Dónde? A Ucrania, á nuestra casa.

Juana. Y para qué?

Pla. Para hacer mi voluntad. Hace ya mucho tiempo que no tenia ese placer. Sangre de mis abuelos! Cuando pienso en ello! Diez años hace que yo, el descendiente de los Hetmans de Ucrania, yo el último descendiente de los grandes gefes Zaporogos, soy el esclavo, el juguete de una aventurera francesa!

Ceci. Ah! madre mia!

Juana. Caballero!

Pla. (*con violencia.*) Callad. Ahora solo os toca obedecer y temblar! Ya no contais con aquel poderoso protector para doblegarme á la insolencia de vuestros caprichos! Antes de enviarme á Siberia mi príncipe, necesita volver del Cáucaso, y hay mucha distancia para un soldado que viajará pié. Tal vez morirá pronto; en tanto, vosotras viviréis mucho, lo espero, bajo esta mano llena de venganza. (*Se adelanta hácia las dos que pasan á la derecha.*)

Juana. Vengaros? Y de qué? Acaso de mis beneficios?

Pla. De mis vergüenzas y sonrojos!

Juana. Y por qué los aceptasteis?

Pla. Para devolverlos, y cuento con pagar mi deuda centuplicada! Ah! señora, os aborrezco, y os lo probaré; queriendo haceros mi muger, han hecho de mi vuestro señor y dueño. Servidme, Juana Lambert. Estamos arruinados, y no puedo pagar los criados; arreglad los cofres, quiero partir.

ESCENA XII.

Los mismos, Regis.

Ceci. (*cayendo de rodillas delante de Platon.*) Tened piedad de mi madre!

Pla. Guardad la piedad para vos misma, porque tendreis necesidad de ella. Vos me perteneceis tambien, hasta que os entregue al último de mis campesinos.

Juana. Haced de mí lo que querais, pero no toqueis á mi hija!

Pla. Y quién podrá impedirme hacer mi voluntad?

Regis. (*bajando.*) Yo, caballero.

Pla. Vo? No reconozco en un estraño el derecho de interponerse entre mi hija y yo.

Regis. (*con desden.*) Vuestra hija! (*á Cecilia.*) Quereis ser mi esposa?

Ceci. (*con alegría estrema.*) Yo, vuestra esposa, Regis?

Regis. (*deteniendo á Platon que se adelanta hácia Cecilia.*) Vos la habeis renegado; yo la reclamo y la adopto.

Ceci. Pero hace un momento...

Regis. Erais rica!

Ceci. Qué feliz soy con ser pobre!

Regis. Me seguireis á América?

Ceci. A todas partes.

Pla. Buen viage. (*va á sentarse en el sofá.*)

Ceci. Y mi madre?

Juana. No te inquietes por mí; Dios acaba de perdonarme en la mejor parte de mi misma; me queda por merecer tu dicha y tu perdon. Ni una palabra mas, hija mia. (*Volviéndose á Platon.*) Volvamos á Rusia cuando querais, señor Conde; estoy pronta á sufrir mi espiacion.

FIN DE LA COMEDIA.

MADRID.
Imprenta de D. ANSELMO SANTA COLOMA.
Dos Hermanas, 19, bajo.
1861.